

La guerra de la Triple Alianza (1864-1870) engendró en el Paraguay un relato referencial, es decir, una historia conocida por todos, constitutiva de las identidades colectivas. Ella funda el cimiento sobre el cual reposa el sentimiento nacional. Aunque se supone que la guerra movilizó al Paraguay hacia la modernidad, ella explicaría sin embargo el estado de subdesarrollo del cual el país no ha llegado a salir. Para comprender esta situación es necesario comenzar por un cuadro demográfico del conflicto. Su amplia magnitud mantiene vivo el flagelo sentido en carne propia por la mayoría de los habitantes de la región. Es verdad, en el concierto de las guerras internacionales, la de la Triple Alianza constituye una excepción. Es por lo tanto importante comparar la singularidad de esta crisis demográfica con las pérdidas humanas resultantes de otros tipos de enfrentamientos antes de iniciar una anatomía del acontecimiento para comprender sus dinámicas y percibir sus efectos.

La guerra de la Triple Alianza, llamada también “Guerra Grande” (*Guerra Guasu* en guaraní) por los paraguayos, o “Guerra del 70”, fue el origen de un marasmo humano mayor. Leslie Bethell sostiene que, después de la Guerra de Crimea, la del Paraguay<sup>16</sup> fue el enfrentamiento más sangriento entre estados en el periodo comprendido entre los años 1815

LUC CAPDEVILA

y 1914.<sup>17</sup> Según los últimos estudios de Thomas Whigham y Barbara Potthast, este país habría perdido más del 60% de su población al final del conflicto. Guardando la proporción para el conjunto de la época contemporánea y en comparación al conjunto de las guerras entre estados, este conflicto no conoció equivalente. En el caso extremo de la segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética perdió el 12% de su población. Así mismo, durante la primera Guerra Mundial las pérdidas más pesadas conocidas a escala de una nación fueron las de Serbia, que perdió un poco más del 11% de su población. Debemos ser cautos entonces al utilizar el concepto de “guerra total” tal como lo forjara Ludendorff,<sup>18</sup> o el de “guerra integral” pensada por otros tácticos en el transcurso de las dos guerras mundiales,<sup>19</sup> y a los cuales volveremos.

Otras sociedades han conocido tasas de sobremortalidad cercanas a las estimadas para el Paraguay. Sin embargo, los conflictos que han engendrado esta sobremortalidad son de otra naturaleza. Ya sea el caso de guerras pre estatales que continuaron produciéndose en los siglos XIX y XX, donde los enfrentamientos se produjeron a una escala mucho más reducida y con otra cultura del combate;<sup>20</sup> o en el caso de los conflictos de tipo genocida, en los cuales algunos grupos aspiraban a la desaparición de uno de sus componentes sistematizando su muerte, tales como la destrucción de los judíos de Europa durante la segunda Guerra Mundial, y la masacre de los armenios durante la primera Guerra Mundial.<sup>21</sup> Ciertamente la idea de la “aniquilación” de los paraguayos aparece en los archivos contemporáneos del acontecimiento. Esta manera de representarse la guerra atraviesa el siglo XIX en América del Sur y en otros lugares del mundo. Sin embargo, durante el curso de la guerra de la Triple Alianza los estados beligerantes no intentaron poner en marcha un programa de destrucción sistemática del enemigo. No lo planearon como tal.

En los conflictos convencionales, la sobre-mortalidad masculina es más fuerte que en los enfrentamientos no convencionales, en el curso de los cuales, la agitación del espacio social, coloca a las mujeres en la línea de mira. En efecto, el desequilibrio hombre/mujer observable en Paraguay en 1870 es característico de las guerras entre estados. Con respecto a la población total, con todos los rangos de edad confundidos, según las informaciones liminares comunicadas por los oficiales del censo de 1886, la razón por sexo al final de la guerra era de 37% habitantes de sexo masculino contra 63% del sexo femenino,<sup>22</sup> o de 31% a 69% respectivamente según una encuesta parcial de 1872.<sup>23</sup> Dicho esto, con razón de un

hombre sobreviviente por cada tres o cuatro mujeres en las clases adultas en 1870-72, tal como se verifica en los censos posteriores, puede afirmarse que el Paraguay conoció una situación única para la época contemporánea. En 1872, los hombres mayores de 15 años -es decir en edad de tomar las armas al final del conflicto- no representaban más que el 13% de la población total. Por lo tanto, y la sobremortalidad masculina apunta en este sentido, si los factores de mortalidad fueron múltiples: hambrunas, epidemias, represión política, etc., las fatigas de la vida de soldado y el campo de batalla, o sea las causas específicamente militares, fueron las más importantes. Ellas atestiguan el umbral de brutalidad alcanzado en el Cono Sur entre 1864 y 1870.

De hecho, los umbrales de violencia franqueados en el Paraguay no bastan, por sí solos, para hacer de la Guerra de la Triple Alianza una excepción del siglo XIX americano. En algunas regiones las guerras de independencia diezmaron las poblaciones. En Venezuela, al final de la "guerra a muerte" lanzada por Simón Bolívar, cerca de un cuarto de la población habría desaparecido.<sup>24</sup> En Ecuador, el costo demográfico de la conscripción fue considerable: según Yves Saint Geours, quedaban en promedio 67 hombres por cada 100 mujeres en la región de Latacunga hacia el final de 1820; en Riobamba, la relación habría caído a menos de 62 hombres por cada 100 mujeres para el mismo periodo.<sup>25</sup> En Argentina, las guerras civiles que oponían a Federales y Unitarios (años 1820/1860) se llevaron a cabo como guerras de destrucción de la parte masculina adversa.<sup>26</sup> Este imaginario sexuado de la guerra civil argentina se impone en *Invasión*, un largometraje de ciencia ficción realizado por Hugo Santiago en 1969, en el cual el enfrentamiento se termina con la eliminación sistemática de todos los hombres del grupo resistente a los invasores.<sup>27</sup> En Brasil, la represión de la Guerra de Canudos (1869-1897) y en Argentina la conquista de la Patagonia (1878-1885) contra los indios, también fueron dirigidas por el Estado central como guerras de destrucción del enemigo: "Ocupación militar del desierto, y "acabar" con todos los indios [...] La nación independiente fue menos adelantada y humana que la colonia" concluía el académico argentino Ramón J. Cárcano (1860-1946), a inicios del siglo XX.<sup>28</sup> Todos estos enfrentamientos fueron parte de las guerras civiles o coloniales. En forma idéntica a la guerra interestatal de la Triple Alianza, ellos alcanzaron umbrales extremos de brutalidad. ¿Serán las guerras del siglo XIX americano particularidades a un aire cultural, o forman parte de una tendencia secular de crecimiento de las

LUC CAPDEVILA

violencias militares ligada a la conjunción de la industrialización y la formación de los Estados-Nación?

En Europa y en América del Norte el desarrollo de los ejércitos nacionales desde el final del siglo XVIII favoreció un cambio de naturaleza y escala del campo de batalla. La “patria en peligro” y “las levas masivas” institucionalizadas en Francia por la ley Jourdan en 1798, impulsaron un proceso de extensión de la movilización al conjunto del cuerpo social; la violencia del campo de batalla franqueó la puerta de entrada en el transcurso de las guerras del Primer Imperio, en las que Nathalie Petiteau observa “un tiempo de brutalización de la vida en campaña”,<sup>29</sup> y Odile Roynette “las premisas” de un “proceso de totalización de la guerra”.<sup>30</sup> En el transcurso del siglo XIX los Estados se militarizaron sea cual fuere la naturaleza del régimen político. Pensaron la salvaguarda del territorio desde la perspectiva de una defensa sin límite de la identidad nacional. Esta representación de la guerra, como pueblo en armas y lucha a muerte, existía en el imaginario de las élites políticas y culturales inspiradas por la Europa de las Luces en el siglo XIX. Sin embargo, su aplicación fue parcial y tardía. Entre las repúblicas sudamericanas, solamente el Paraguay estaba realmente militarizado a mediados del siglo XIX, pero por razones históricas que se remontan a la colonia.

En la misma época, las empresas de conquista colonial conducidas por el ejército francés en Argelia, luego en Méjico, desarrollaron prácticas metódicas de violencia extrema en el encuentro con las poblaciones de ultramar: masacre de civiles y de prisioneros, mutilación de cadáveres y saqueo sistemático del territorio. Esta manera de concebir el combate contra las poblaciones civiles bajo la forma de una “devastación sistemática” había sido anteriormente experimentada contra los españoles y su “guerra a cuchillo”, y contra los Vendéens antes que ellos.<sup>31</sup> Pero las guerras imperiales llevadas a cabo en regiones remotas, habitadas por poblaciones hacia las cuales los conquistadores no sentían más que una débil empatía, hicieron de la práctica de la masacre una parte acostumbrada del dispositivo militar de conquista. “Exterminar” va de la mano con “colonizar” en la literatura colonial del siglo XIX según observa Olivier Le Cour Grandmaison.<sup>32</sup> Sin duda esta afirmación es por lo menos precipitada. Para esta época “exterminar” no tenía el significado radical de la destrucción física de un grupo humano en toda su genealogía, que surgirá luego de la destrucción de los Judíos de Europa por los Nazis entre 1941 y 1945. “Exterminar” significaba en primer lugar la voluntad de re-

primir un adversario empleando una violencia sin límites. Sin embargo, esta aspiración de “terminar” con los grupos humanos en un territorio “a ser tomado”, fue característica de un cierto tipo de conflictos que tuvieron lugar en el siglo XIX en África, en América y en Europa. Las transferencias entre los teatros de operaciones fueron numerosas. La estrategia del terror militar experimentada por los ejércitos de la metrópolis en los campos de batalla de ultramar se extendió a la represión política interior a partir de las guerras civiles, por parte de oficiales que habían servido en Argelia, como es el caso del General Cavaignac en junio de 1848 en París. Las relaciones estaban establecidas entre la guerra colonial y la guerra social. En 1848 los oficiales llamados “Africanos” habrían utilizado medios “argelinos” para reprimir a los “beduinos de la metrópolis”.<sup>33</sup> Un siglo más tarde aconteció lo mismo en España, cuando el General Franco y sus oficiales “africanistas” desembarcados de Marruecos, lanzaron la ofensiva contra los “parásitos rojos” del campo republicano.<sup>34</sup> “Nuestro programa consiste [...] en el exterminio de un tercio de la población masculina española” declaró Gonzalo de Aguilera, agregado de prensa del caudillo Francisco Franco.<sup>35</sup> En Francia, al inicio de la ocupación, la *Wehrmacht* no deseaba aplicar el “método polaco”.<sup>36</sup> La diferencia de intensidad y de naturaleza del campo de batalla que dividía los frentes orientales y occidentales europeos al inicio de la Segunda Guerra Mundial, ¿no era acaso la misma que existía entre una guerra colonial y un conflicto convencional? Ahora bien, ¿no era acaso la principal característica de las guerras americanas en el siglo XIX, el que se produjeran en un ambiente sociocultural resultante de la colonia, donde el hecho colonial era reactualizado según nuevas modalidades en la prolongación de las independencias y en la construcción de estados en búsqueda de nación? Este espacio, definido como *postcolonial* igualaba las formas de la colonia española en la que los indígenas eran combatidos, explotados, avasallados o insertos en sistemas de alianzas de colonización de las naciones “civilizadas” de fines del siglo XIX. Lo que permite retomar la terminología de Mónica Quijada, pensada para el caso argentino, según la cual: “civilizar significaba eliminar, sea por extinción física, sea por asimilación forzada, todos los obstáculos que se opusiesen al proceso de civilización”.<sup>37</sup> En América del sur, el sistema postcolonial consistió en la emergencia de nuevas organizaciones sociales al inicio del siglo XIX, que corresponden a los estados independientes resultantes de la colonia; esto no significa que haya habido aquí un proceso de descolonización.

LUC CAPDEVILA

Robert L. Scheina, en un estudio general sobre las guerras de América Latina,<sup>38</sup> declara la imposibilidad de proponer una tipología eficaz de los conflictos para esta parte del continente, considerando que han existido tantas causas como acontecimientos de guerra. Este autor las clasifica según las causas sean raciales, civiles, caudillescas, religiosas, ideológicas o de independencia, de clases, económicas, de conquista, etc. Scheina incluye, un poco apresuradamente, la guerra de la Triple Alianza entre las guerras de conquista, atribuyendo al dirigente paraguayo, mariscal López, un plan expansionista que él juzga probable. Esta lectura de los enfrentamientos a partir de los factores de causalidad no nos parece la más apropiada para una morfología de las guerras americanas. Su complejidad reside en lo que ellas actualizan sobre un mismo teatro de las formas históricas de los conflictos, cuya secuencia permite identificar la multiplicidad de actores y la diversidad de su relacionamiento con los hechos. La guerra del Paraguay es un observatorio privilegiado para captar las dinámicas complejas de las guerras sudamericanas.

## Referencias del acontecimiento

La guerra de la Triple Alianza es ignorada por la historiografía francesa y más generalmente por la europea. La pobreza de los estudios científicos sobre esta cuestión hoy día en Francia, se zanja de hecho, con la relativa abundancia de publicaciones en lengua francesa de cronistas, publicistas y testigos del final del siglo XIX. No obstante, ¿no será que en el campo de la historia militar, un estudio comparado de la Guerra de Crimea con la guerra de Secesión en América del Norte y la de 1870-1871 entre Francia y Alemania debería sacar del ropero a la de la Triple Alianza, dado que ésta se produjo en el curso de la misma coyuntura histórica, con medios humanos, técnicos (empleo masivo de artillería, presencia de ferrocarriles y de navíos a vapor, utilización del telégrafo, movilización de la prensa) y financieros de gran amplitud en el otro hemisferio? Por otra parte, sin hacer por ello de esto un tema central, los estudios históricos en América del Norte y sobre todo en el Cono Sur han producido una inmensa bibliografía sobre este tema, que hoy se encuentra en plena renovación.<sup>39</sup>

Las cuestiones estrictamente militares son las más conocidas y ya dieron lugar a numerosos estudios, por lo tanto no serán tratadas a fondo

aquí. Este estudio se centra en las dinámicas culturales y sociales del hecho, a fin de comprender la generalización de la movilización paraguaya, cuyas circunstancias condujeron a la sociedad hacia la guerra total, en un sentido moderno, tal como lo ha definido Ludendorff a partir de su experiencia del primer conflicto mundial: “el carácter de la guerra total exige toda la fuerza de un pueblo en cuanto ella se levanta contra él”.<sup>40</sup> De hecho, de una guerra a la otra, la noción ha evolucionado, aunque ambas definiciones resultan eficaces. En el transcurso de la guerra de 1914–1918 el sentido de la guerra total era el de la movilización de la sociedad entera para alimentar el campo de batalla; pero más que nada con el desarrollo del bombardeo estratégico durante la segunda guerra mundial, la totalización de la guerra significó la extensión del campo de batalla a todo el espacio social. Ludendorff invirtió el postulado de Clausewitz poniendo la política al servicio de la guerra,<sup>41</sup> aunque la noción de “guerra absoluta” tal como Clausewitz la formulara un siglo antes que él, al final de las campañas napoleónicas, también podría resultar operativa para analizar el caso paraguayo. El teórico alemán percibía en el ejemplo de las “últimas guerras” una situación extrema de desencadenamiento de las violencias engendradas por la dinámica del campo de batalla; pero para Clausewitz, a pesar de estos desencadenamientos de violencia, la guerra permanecía siendo un instrumento de lo político. “El riesgo que debemos admitir es que en los próximos diez años podríamos ver una guerra de este género”.<sup>42</sup> Clausewitz veía claramente. Lo producido en suelo paraguayo medio siglo más tarde resultaba inédito en esa escala.

Antes de emprender el estudio de la sociedad paraguaya en guerra, resultará útil dar las claves para ubicarse en el acontecimiento, recordando que la correspondencia de los cónsules permite seguir en detalle el desarrollo cronológico del conflicto.

### El Paraguay, una encrucijada de los confines

La geopolítica reúne los principales elementos de explicación de los orígenes del conflicto. A mediados del siglo XIX las entidades territoriales de la región se convertían en Estados en construcción, reagrupando naciones inciertas. Situado en la periferia de la periferia, pero en un espacio en expansión, el Paraguay, según la coyuntura, ha vivido retirado del mundo o se ha enfrentado con todos los estados y pueblos circundantes. En el seno del imperio español, la Provincia de Paraguay dependía de

LUC CAPDEVILA

la competencia del Virreinato de Buenos Aires para lo político y de la Audiencia de Charcas (hoy en día Sucre, en Bolivia) para lo judicial. En cuanto a las antiguas reducciones jesuíticas, las mismas habían sido directamente incorporadas a la corona española ya en 1768, fecha de la expulsión de la orden eclesiástica de las tres provincias (Paraguay, Tucumán y el Plata). Por otra parte, al estar situado en la juntura de los antiguos imperios Español y Portugués, el nuevo Estado Paraguayo, a la vez cruce y tierra de los confines vio todas sus fronteras disputadas por sus vecinos desde la afirmación de su independencia en 1811.

Los riesgos de una guerra habían llevado a los sucesivos dirigentes a hacer de este país una pequeña Prusia de América del Sur. Bajo el imperio español, la competencia por el espacio con los indios, que resistían a la colonización y a la expansión portuguesa, hizo que la provincia del Paraguay y las misiones estén permanentemente en pie de guerra. Al final de la era colonial, todos los varones estaban obligados a un servicio armado dividido en dos categorías: los *urbanos* y los *filiados*. Las milicias locales reagrupaban todos los hombres aptos: los *urbanos*. Ellos aseguraban la defensa de sus localidades, principalmente en los enfrentamientos con los indios. Paralelamente los *filiados* conformaban un cuerpo de élite de soldados semi profesionales en el seno de la milicia. El ambiente geopolítico devino más amenazador luego de la independencia. De ahí en más, Asunción confrontaba un nuevo problema al sur. Las élites de Buenos Aires aspiraban a conservar el cuadro territorial del Virreinato del Río de la Plata. Las relaciones con la Argentina fueron a menudo tensas. En la prolongación de la sociedad colonial, los nuevos dirigentes reforzaron la militarización del joven Estado.<sup>43</sup> José Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840), nombrado dictador en 1814 y primer hombre fuerte del Paraguay independiente, mantuvo las milicias rurales y reemplazó progresivamente a los *filiados* por un ejército regular. Bajo su dictadura el Estado consagró cerca del 90% de la totalidad de los gastos públicos a los salarios de los soldados. Sin embargo, percibir en el Paraguay de Francia una potencia militar amenazante para los vecinos sería cometer un error de apreciación. El Estado era pobre. Los soldados estaban mal armados y mal pagados. Muy pocas unidades tenían armas de fuego. Los pocos cañones existentes servían principalmente para hacer sonar la alarma. Finalmente, bajo Francia el ejército tenía sobre todo una misión de control del espacio interior. El punto importante a ser tenido en cuenta es que desde esta época, sin contar los esclavos, todo hombre paraguayo era conside-

rado como un soldado. Después de haber fracasado en el intento de retomar la antigua provincia por las armas, Buenos Aires intentó un primer acercamiento con Asunción, antes de que esta capital se cerrara al mundo bajo la dictadura de Francia durante los años 1820-1830. La relación se volvió tensa cuando el Paraguay firmó un tratado de alianza con Corrientes en 1841. Buenos Aires condenó entonces a la antigua provincia a un bloqueo fluvial, rehusándose a normalizar sus relaciones con la misma hasta la caída del gobernador Juan Manuel de Rosas en 1852.

Carlos Antonio López (1792-1862), sucesor de Francia, electo por el Congreso como primer presidente del Paraguay en 1844, también reforzó la militarización de la República. En 1845 decretó el servicio militar obligatorio de dos años de duración para los hombres de más de 16 años. En los hechos el impuesto de sangre duraba a menudo más tiempo, y los conscriptos también realizaban trabajos forzados de interés público. La institución militar formaba así una eficaz herramienta de integración nacional, ya que desde un inicio se intentó colocar a los soldados en pie de igualdad. George Thompson testimonia: "...todos los oficiales salían de la tropa. Los jóvenes de buena familia que servían, tenían que dejar su calzado porque no era permitido a ningún soldado llevar zapatos".<sup>44</sup> Don Carlos también impulsó una política de apertura que iba aparejada con una voluntad de desarrollo,<sup>45</sup> para lo cual fue deshaciendo progresivamente el sistema de aislamiento construido bajo el gobierno de Francia: reanudó las relaciones diplomáticas con las grandes potencias occidentales y con sus vecinos. El 25 de noviembre de 1842, con treinta años de retraso, Asunción proclamó oficialmente su independencia. Dos años más tarde, el Imperio del Brasil reconoció la independencia de su vecino y -en razón de las tensiones existentes con la Argentina dirigida entonces por Juan Manuel de Rosas- habría aconsejado al dirigente paraguayo normalizar sus relaciones con los Estados europeos.<sup>46</sup> El presidente López estableció relaciones bilaterales en 1853 con Francia, Inglaterra, Cerdeña y los Estados Unidos; luego con la Confederación Argentina en 1856. Por otra parte contrató en Europa a más de doscientos expertos, ingenieros y obreros calificados encargados principalmente de instruir a técnicos paraguayos, y envió más allá del Atlántico a varias decenas de estudiantes para recibir una formación técnica.<sup>47</sup> Carlos Antonio López tenía ciertamente una visión política global del progreso y de la modernidad. Entre los expertos hizo venir a intelectuales para animar una vida cultural, crear una prensa, fundar una escuela normal; desde el gobierno

LUC CAPDEVILA

de Francia la escuela era gratuita y obligatoria para los varones de siete a diez años de edad. También impulsó una política de inmigración para poblar la República. No obstante, la mayoría de los especialistas vino con el objetivo de desarrollar la esfera militar, equipando el país con una siderurgia, un astillero naval, un arsenal, un ferrocarril y un telégrafo, y organizando el servicio sanitario del ejército. Paralelamente, se importaron armas sofisticadas de Europa, cañoneras, fusiles de cañón estriado, cañones. Esta es la razón por la cual, separado del modelo general, el proceso de industrialización en el Paraguay comenzó con el desarrollo de la siderurgia, en lugar de comenzar con los textiles.

Al igual que el Dr. Francia, el presidente López no tuvo una política agresiva con respecto a sus vecinos. Pero a diferencia del Dr. Francia, quien había cerrado su país al mundo, don Carlos hizo de Asunción una figura de la geopolítica del Plata, con la cual había que contar en adelante, al punto que la cuestión de las fronteras con el Imperio de Brasil y con la Confederación Argentina se hallaba en suspenso a inicios de 1860. El puerto del Plata pretendía la soberanía sobre las tierras de Misiones y una parte del Chaco, reivindicadas igualmente por el Paraguay. En cuanto al desacuerdo sobre la frontera de Mato Grosso, la cuestión era bastante seria entre Asunción y Río de Janeiro. La libertad de navegación sobre los grandes ríos internacionales envenenaba las relaciones interestatales, aunque este principio fue sin embargo reconocido por el conjunto de las capitales de la región luego de los tratados firmados en 1856 por el Paraguay, el Imperio de Brasil y la Confederación. Para unir Río de Janeiro a la provincia occidental de Mato Grosso, en razón de las inmensas extensiones forestales y cenagosas que cubrían su territorio, el Brasil estaba obligado a utilizar las vías fluviales para descender el Paraná atravesando el Paraguay, o la frontera con la Argentina, según la nacionalidad del mapa que se consulte, remontando luego el río Paraguay hacia el interior de la República del mismo nombre. En consecuencia, esta relación esencial para la buena marcha de sus asuntos internos estaba bajo el control de Asunción, de manera que los navíos brasileños continuaban padeciendo las trabas administrativas por parte de los paraguayos. Don Carlos temía que la libre navegación permitiera reforzar la capacidad militar de Mato Grosso y que en su momento, esto devenga una amenaza para su país.<sup>48</sup> Motivo por el cual, aunque había admitido el principio de la libre navegación sobre el río Paraguay, inició paralelamente la construcción del fuerte de Humaitá cerca de la confluencia con el Paraná. Esto dotaba a los

paraguayos del control total de la circulación en la entrada del río epónimo. En contrapartida, para comerciar con el mundo, el Paraguay de los López no tenía más opción que descender el Paraná y atravesar la Confederación Argentina; las llaves de la apertura estaban entonces en Buenos Aires. De manera que, como la Argentina no había salido totalmente de las guerras civiles, Asunción se convertía en un contrapeso a la nueva capital de la Confederación, limitando su poder de atracción para los territorios periféricos del norte, Entre Ríos y Corrientes. Paralelamente, Asunción se lanzó a garantizar su acceso al mar intentando un acercamiento con otra república de los confines: el Uruguay.

### La guerra de la Triple Alianza, una cronología

En el periodo que precedió a la guerra de la Triple Alianza, el Cono Sur conoció un movimiento geopolítico importante.<sup>49</sup> En 1862, luego de dos decenios de régimen conservador en Brasil, los liberales llegaron al poder. En Argentina, las fuerzas liberales de Buenos Aires, lideradas por Bartolomé Mitre, venían de obtener una victoria decisiva contra la Confederación en la batalla de Pavón. Buenos Aires se convirtió desde ese momento en la capital de un estado argentino centralizado. En Asunción, Solano López sucedió a su padre, mientras que en Montevideo, el presidente “blanco” conservador, Bernardo P. Berro intentaba un acercamiento con el Paraguay y con los caudillos federalistas argentinos, con el fin de deshacerse de la situación de cuasi protectorado brasileño que padecía su país, llamado la “Banda Oriental”. Dos ejes estaban por lo tanto en formación en el Plata. Un primer eje conservador, representativo principalmente de las élites rurales, vinculaba Montevideo a Asunción vía los federalistas argentinos, principalmente Justo José de Urquiza, el gran caudillo de Entre Ríos. Este grupo veía en el puerto de Montevideo su mejor salida al mundo.

El segundo eje era más complejo, ya que Buenos Aires y Río de Janeiro se tenían una desconfianza recíproca. Pero las circunstancias se prestaban para un acercamiento entre el gobierno de Mitre y los liberales brasileños. Del lado uruguayo se hallaba Venancio Flores, gran caudillo del partido “colorado”, liberal, había participado de la guerra en Argentina del lado de Mitre, lo que explica que, al momento de sublevarse contra el gobierno del presidente Bernardo P. Berro, Flores obtuviera el apo-

LUC CAPDEVILA

yo del presidente argentino. Flores recibió también el apoyo de los grandes estancieros brasileros de Rio Grande do Sul cuyas propiedades se extendían en el Uruguay, por lo que la política del presidente Berro les perjudicaba. Esto llevó a los estancieros a ejercer presiones sobre el gobierno brasiler para que intervenga del lado de los colorados contra el gobierno uruguayo.

Las intervenciones del Brasil y de la Argentina en la guerra civil uruguayo se hallan en el prelude de la guerra de la Triple Alianza. En marzo de 1863 Venancio Flores movilizó sus hombres contra el gobierno de Berro. En 1864, incapaz de organizar elecciones en un país en crisis, el presidente Berro cedió el mando al presidente del Senado, Atanasio Aguirre. Los enfrentamientos entre facciones uruguayas implicaron a los brasileros. En abril, el diputado conservador Ferreira da Veiga interpelló al Ministro de Relaciones Exteriores sobre los abusos cometidos contra ciudadanos brasileros: se habrían encontrado en las villas de la Banda Oriental, cadáveres decapitados con el certificado de nacionalidad metido en la boca.<sup>50</sup> Río de Janeiro temía que los grandes propietarios *gaúchos* de Rio Grande do Sul tomaran la iniciativa de una intervención del lado del partido colorado. Sin embargo, al inmiscuirse en la guerra civil uruguayo, en nombre de sus residentes, Río terminó en los hechos apoyando al partido de Flores contra el gobierno de Montevideo. El Paraguay por su parte, tomó partido por el lado del presidente Aguirre. Menos prudente que su padre, el joven presidente Francisco Solano López (1862-1870) intentaba erigir su país en árbitro de la región.<sup>51</sup>

Asunción dirigió un ultimátum el 30 de agosto a Río de Janeiro, exigiendo al Imperio que renunciara a una intervención militar en la República Oriental. El detonante del conflicto internacional consistió en la inmediata respuesta de Asunción a la intervención militar brasiler en el Uruguay en octubre de 1864. En represalia a la misma, bajo pretexto de agresión, Francisco Solano López puso en marcha las hostilidades contra Brasil. De hecho, se puede leer en la correspondencia del Cónsul Laurent-Cochelet que la marcha de la guerra era perceptible en los meses que precedieron a la acción. El Paraguay había comenzado a movilizarse mucho antes del inicio de las hostilidades. Luego de haber hecho inspeccionar en noviembre el navío brasiler que transportaba al nuevo presidente de Mato Grosso, al mes siguiente se ordenó una expedición militar contra esta provincia en litigio. Solano López estaba convencido de que una alianza militar argentina-brasiler no era posible. Su régimen autori-

tario era popular del lado de los caudillos federalistas argentinos, por lo que pensaba poder contar en particular con el apoyo del gran caudillo de la provincia de Entre Ríos, el general Urquiza. Pero, cuando a finales de abril de 1865 envió un cuerpo armado a la región argentina de Corrientes con el objetivo de atacar Rio Grande do Sul, lo hizo luego de haber dirigido, el 13 una declaración de guerra al gobierno argentino que no le había permitido el paso a la ejército paraguayo por su territorio. La suerte estaba echada. Urquiza se unió a Buenos Aires. Los argentinos de Corrientes, cuya identidad era mucho más próxima a la de los paraguayos que a la de los porteños, no se inclinaron hacia el lado de Solano López. El 1º de mayo de 1865 en Buenos Aires, Brasil, Argentina y Uruguay firmaron el tratado llamado de la Triple Alianza, cuyo texto debía ser mantenido en secreto. Los aliados se comprometieron conjuntamente a llevar a cabo la guerra contra el “gobierno” de López, no contra el “pueblo del Paraguay”, y a garantizar la libre navegación de los grandes ríos al final del conflicto. Sin embargo, el artículo 16 rediseñaba, para la post guerra, las fronteras de los territorios en litigio en beneficio de la Argentina y del Brasil. Con la excusa de una guerra ideológica llevada a cabo a título de la defensa de los pueblos de la región, oponiendo las élites urbanas liberales de los puertos del Atlántico al régimen autoritario del mariscal López, se trataba sobre todo de neutralizar al Paraguay.

Al inicio del conflicto las fuerzas paraguayas tenían una capacidad militar mejor preparada. Los aliados tardaron en movilizarse. Los gobiernos argentino y uruguayo se vieron confrontados a lo largo de toda la guerra con problemas internos ligados a su participación, que debilitaron su accionar. Sin embargo, a largo plazo la relación de fuerzas no podía estar del lado de Paraguay, que quedó solo frente a sus tres vecinos entre los cuales se contaba el gigante brasilero. La comparación de efectivos militares movilizados en relación al número de habitantes basta para poner esto en evidencia. Con una población de diez millones de habitantes (de los cuales 1.700.000 eran esclavos), Brasil enroló a 140.000 hombres entre 1864 y 1870. Argentina reclutó 30.000 en una población de 1.700.000 habitantes. El Uruguay, que contaba con 250.000 personas reunió con dificultad 5.500 hombres bajo su bandera. Frente a estos efectivos, el Paraguay contaba con prácticamente la totalidad de su contingente masculino disponible, más o menos 150.000 hombres para una población total del orden de los 440.000 habitantes, según la declaración del jefe de estado mayor del ejército paraguayo al final de la guerra, general Resquín.<sup>52</sup> Los

LUC CAPDEVILA

aliados no conocieron la misma guerra que los paraguayos. Del lado paraguayo esta guerra fue vivida como guerra total. Del lado de la Alianza, el nivel de implicancia de la población varió considerablemente según las regiones.

El desarrollo de la guerra puede dividirse en tres periodos. El primer periodo es el de la agresión paraguaya, desde diciembre de 1864 a octubre de 1865. Las fuerzas paraguayas lanzaron una primera ofensiva contra el Brasil en Mato Grosso, y luego, en un segundo ataque invadieron la Argentina en abril de 1865 para atacar al Brasil en Rio Grande do Sul. Las fuerzas paraguayas ocuparon la ciudad de Corrientes y una segunda columna tomó la villa de Uruguayana en agosto. Mientras tanto, la Triple Alianza se consolidó y el escuadrón brasileiro con el apoyo de Argentina organizó un bloqueo fluvial contra el Paraguay. En junio, el ejército brasileiro destruyó el florón de la flota fluvial paraguaya durante la batalla de Riachuelo. Desde ese momento, el Paraguay perdió el dominio de sus desplazamientos sobre el Paraná. Sus dos cuerpos de ejército sin logística no lograron reunirse en Argentina. La Triple Alianza alcanzó a retomar la villa de Uruguayana donde tomó más de cinco mil prisioneros. El Paraguay perdió allí una parte de sus mejores tropas. En octubre, las fuerzas que ocupaban Corrientes recibieron la orden de abandonar el lugar y replegarse. En menos de un año el Paraguay perdió lo esencial de su flota y su tropa más aguerrida. El Paraguay vivía atrincherado.

Entre octubre de 1865 y julio de 1868 comenzó el segundo periodo, correspondiente a una guerra de posición. Aunque muchos combates se sucedieron en Mato Grosso, de ahí en adelante la guerra se concentró en la zona de confluencia del Paraguay y el Paraná. El sistema de fortificación de Humaitá permitía a las fuerzas de López bloquear la navegación de la Alianza río arriba. Además, los aliados no conocían la región, la que se hallaba cubierta de ciénagas y bosques tropicales. Dicho de otro modo, la circulación era posible únicamente por vía fluvial. Por lo tanto cuando los Aliados tomaron Humaitá en julio de 1868, el conflicto se transformó en una guerra de trincheras y de guerrilla esporádica en esta zona.

El tercer periodo es el del repliegue de Francisco Solano López, que llevó consigo a su ejército y a una parte de su pueblo. El episodio comienza con la toma de Humaitá. Al final del año 1868 los combates continuaban desarrollándose en la región del río Paraguay, ascendiendo hacia Asunción. Las últimas batallas tuvieron lugar en la región de Asunción, en diciembre; En ellas se opusieron las tropas aguerridas de la Tri-

ple Alianza y las últimas fuerzas militares paraguayas. Los aliados invadieron la capital en enero de 1869. En ese mismo momento Francisco Solano López desplazaba el estado, la tropa, el pueblo y los prisioneros a la 'cordillera' central; a los hombres les seguían las fundiciones de cañones, la imprenta nacional. Se trataba de una zona de pequeñas montañas cubiertas de bosques, propicia para la guerrilla, situada a unos cincuenta kilómetros al este de Asunción. Las fuerzas brasileñas continuaron combatiendo al ejército de López o lo que de él restaba. El mismo estaba compuesto principalmente por niños soldados. En ese mismo momento, los diplomáticos de la Triple Alianza abrieron las discusiones para la organización de un gobierno provisorio en el Paraguay. Durante más de un año, Solano López y sus fragmentos de ejército y de pueblo se encaminaron en éxodo hacia el nordeste del país en condiciones dramáticas a través de la selva y perseguidos por el ejército brasileño. Mientras tanto otro Paraguay estaba en preparación desde Asunción.

El 1 de marzo de 1870 el mariscal y lo que le restaba de tropa, unos 200 o 300 hombres, fueron atrapados por el ejército brasileño en Cerro Corá. Francisco Solano López fue abatido mientras intentaba huir. La guerra estaba terminada. El conflicto duró cinco años. Pero hasta 1876 las tropas brasileñas ocuparon Asunción y las tropas argentinas esperaron hasta 1878 para evacuar la región de Villa Hayes, en el Chaco. El país fue pulverizado. Se le amputó el 40% de su territorio y había perdido alrededor del 60% de sus habitantes. Su población masculina adulta estaba destruida, su economía: devastada. Solamente los disensos entre los beligerantes permitieron el mantenimiento de una República del Paraguay sobre los mapas. Acordaron hacer de este territorio un nuevo estado tapón entre las potencias, poniendo sus respectivos aliados al comando del mismo. Los argentinos podían apoyarse en los opositores de la familia López que vivían en el exilio en Buenos Aires; los brasileños reclutaron sus relevos entre los prisioneros de guerra y por lo tanto entre los antiguos lugartenientes del mariscal. En consecuencia, la salida de la guerra no conoció una depuración significativa. *In fine*, la guerra condujo a estabilizar la geopolítica regional, fijando el sistema de fronteras y haciendo de Asunción el vasallo económico de Buenos Aires.

La historiografía de las causas de la guerra de la Triple Alianza es por sí misma inmensa. Sin entrar en el detalle de las historias nacionales y locales y de las cronologías desfasadas, tres modelos explicativos se sucedieron.<sup>53</sup> El primero, hijo salido de la escuela liberal se remonta al siglo

LUC CAPDEVILA

XIX. Se trata de la versión de la historia escrita por los vencedores de la guerra. El acontecimiento es percibido como el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie, según un prisma de representaciones anteriormente organizado por Domingo Faustino Sarmiento para el caso de las guerras civiles argentinas. Sarmiento oponía la sociedad brutal de las campañas americanas gauchas llevadas a cabo por caudillos despóticos, al mundo cultivado y refinado de las élites urbanas inspiradas por la Europa de las Luces. Desde esta perspectiva, todas las responsabilidades se concentraron sobre la locura mortal del tirano Francisco Solano López, verdugo sanguinario de su pueblo y feroz agresor amenazante de sus vecinos. A fines del siglo XIX el autócrata de Asunción fue calificado como “Nerón sudamericano”, y podría haber sido igualmente estigmatizado como el “Rosas del Paraguay”. En el transcurso del siglo XX otra corriente historiográfica pujaba por la revisión de la historia a escala regional.<sup>54</sup> Este movimiento era, al inicio del siglo XX, nacionalista y autoritario. Representado sobretodo en los ambientes católicos conservadores, luego populistas, el mismo propugnaba la rehabilitación de los caudillos del siglo pasado por razones ideológicas e identitarias, que se corresponden igualmente con las corrientes de memoria. Desde una cierta perspectiva se trataba de la visión de los vencidos en la historia –emanación de la esfera de influencia federalista y del eje conservador- partidarios de un republicanismo rural donde el poder estaba concentrado en las manos de los caudillos. Otra generación revisionista, de sensibilidad marxista, apareció en los años comprendidos entre 1960 y 1970. Esta corriente desarrolló la tesis de los orígenes imperialistas del conflicto. Denunciaba la mano del capitalismo británico metida en la economía regional a través de la guerra de la Triple Alianza. Con el accionar de las élites liberales en el Río de la Plata, la City de Londres habría logrado abrir por la fuerza el mercado paraguayo, quebrando en la república de Francia y los López un modelo original de resistencia al subdesarrollo.<sup>55</sup> Todos estos sistemas de representación de la guerra de la Triple Alianza continuaban activos al iniciarse el siglo XXI en los imaginarios sociales del Cono Sur. El tercer modelo explicativo, es el que es más utilizado hoy por los investigadores: la guerra es comprendida como el final del sistema geopolítico regional impulsado por el movimiento de las independencias, tomando por ciertas las formas de una regionalización de las guerras civiles del Plata.<sup>56</sup> La guerra de la Triple Alianza es por lo tanto parte constitutiva de la construcción de los estados-nación emergentes.

En tanto la noción de guerra interestatal resulta operativa, la de guerra internacional es problemática. Una primera luz sobre las levas masivas y la relación de los actores militares con el acontecimiento conduce a una lectura compleja del conflicto.

### El reclutamiento masivo

José Victorino Lastarria (1817-1888), gran pedagogo y estadista chileno además de una de las grandes figuras intelectuales de la corriente liberal, redactó una historia general de América entre 1865 y 1867. El capítulo consagrado al Paraguay contemporáneo denuncia la dinastía de tiranos: Francia, Carlos Antonio López, su hijo Francisco Solano y su régimen de terror.<sup>57</sup> Los acusa de haberse apropiado de las tierras y de abusar de un pueblo “dulce” e “inocente” mediante el mantenimiento de la antigua institución colonial del trabajo forzado, considerando que esta *pseudo* república podía compararse a una vasta estancia, explotada por el mismo presidente. Pero Lastarria el liberal encuentra dificultades para pintar un cuadro negativo monovalente del régimen de los López. Sensible a la idea de nación, de educación y a la marcha del progreso, se detiene sobre la política de instrucción gratuita y obligatoria puesta en marcha por el poder paraguayo para los varones de entre siete y diez años, apuntando sin embargo, que en el desierto cultural que era el Paraguay a su criterio, los varones alfabetizados resultaban a menudo ignorantes. En cuanto al enrolamiento de todos los hombres, sostenía que perjudicaba la agricultura. De esta forma, ciertamente el Paraguay podría convertirse en la principal potencia militar de la región, pero se habría vuelto el estado más pobre. Sin embargo, luego de este cuadro negro, el humanista se redime en las últimas líneas consagradas a los inicios de la guerra de la Triple Alianza, ya que el “patriotismo heroico” de los paraguayos estaba, según él, construyendo la América. Frente a la “cruzada usurpadora” lanzada por la Triple Alianza, los recursos militares con los que los dictadores habían equipado al país, fueron puestos a prueba. El autor concluía convencido que la guerra iba a regenerar el Paraguay, que la movilización desviaría al pueblo del despotismo. Por lo que, suponiendo que Asunción sucumbiera ante sus vecinos, ella devendría una Cracovia del Plata, de donde partiría la reconquista de la patria y la república democrática triunfaría.

LUC CAPDEVILA

La resistencia de los paraguayos a la ofensiva de los tres vecinos aliados y luego al bloqueo fluvial ha asombrado a los observadores extranjeros. Lo verificamos con el mismo José Lastarria, la cuestión de una nación paraguaya, en un sentido moderno, preexistente al conflicto estaba planteada desde el siglo XIX.

La guerra de la Triple Alianza fue una etapa importante en la estructuración de las identidades nacionales para los cuatro países implicados. Cincuenta años después de las independencias, las repúblicas del Plata no habían salido aún de las guerras civiles. Las dificultades encontradas por Buenos Aires y Montevideo para movilizar y librar la batalla contra Solano López, señalan la fragilidad de las comunidades imaginarias nacionales para esa época. El Brasil conoció también conflictos armados con provincias secesionistas. Rio Grande do Sul era su punto débil. La guerra del Paraguay, su primer conflicto militar externo de alta intensidad, fue un test para el ejército que fue puesto a prueba en cuanto ejército nacional.

Entre los estados del Plata, el Paraguay era el que presentaba el proceso de integración más avanzado. Los gobiernos autoritarios de Francia y los López habían logrado el encuadre y control de los habitantes. La población era relativamente homogénea, hablaba la misma lengua guaraní-*jopará* (mezcla, en guaraní) combinando el castellano y el guaraní.<sup>58</sup> La clausura del país y la militarización de la sociedad bajo la iniciativa del Dr. Francia y posteriormente la obligación del servicio militar y de la escolaridad primaria para los varones, reforzaron el sentimiento de pertenencia a una comunidad de destino. El vínculo con la nación se verificaba en particular en la identidad de los soldados y en el reflejo que la sociedad les enviaba.

En Argentina y Brasil, en razón del mantenimiento del enrolamiento forzoso hasta la segunda mitad del siglo XIX, los soldados tropas eran asimilados a los esclavos, presidiarios u hombres juzgados inferiores, siendo el modelo de virilidad el del hombre libre.<sup>59</sup> En el Paraguay, nada de eso, todo militar por más que anduviese descalzo se consideraba superior a cualquier civil. George Thompson reportaba que: “Los paraguayos eran los hombres más respetuosos y obedientes que se pueda imaginar, desde el soldado hasta el general todo el mundo se descubría en presencia de un superior, que nunca contestaba el saludo. Todo el que llevaba traje militar en el Paraguay era de hecho jefe superior de todo particular, y todos los jueces. Tenían que descubrirse en presencia de un al-

férez”.<sup>60</sup> En el transcurso del conflicto, el gobierno paraguayo tuvo la capacidad de movilizar a la sociedad ante la perspectiva de una guerra total. Los resortes culturales de un “patriotismo defensivo” ciertamente funcionaron. Sin embargo, proyectar sobre el Paraguay en guerra el imaginario de un “pueblo en armas” y de la “patria en peligro” resulta insuficiente. Los mecanismos de la movilización correspondían a otro sistema de organización social, de prácticas y de representaciones mentales.

### Bajo las banderas, los hombres

Una primera serie de observaciones se hace posible a partir de las formas de la movilización militar paraguaya. La misma fue precoz, general y continua a lo largo de todo el conflicto.

Precoz, porque desde 1862, cuando don Carlos no había aún fallecido, la movilización ya estaba en ciernes. El 6 de febrero el general Solano López, ministro de guerra, reunió a los jefes militares en Asunción en vista de su preparación. Todos los hombres aptos de entre 17 y 40 años de edad fueron convocados. La formación militar se intensificó en el seno de las milicias locales. Dos días por semana, los urbanos aprendían el manejo de armas y la disciplina. Los milicianos que tenían la capacidad financiera podían comprar fusiles al estado.<sup>61</sup> Los primeros reclutas eran dirigidos al campo de entrenamiento de Cerro León, al este de la capital, cerca de Pirayú. Al sur, el comandante de Encarnación recibió la orden de concentrar 10.000 hombres en la frontera. Laurent-Cochelet menciona por primera vez estas maniobras militares en su despacho del 5 de marzo de 1864, de manera tardía y contradictoria. No percibía en ese entonces verdaderos preparativos de guerra, sino solamente una demostración de fuerza dirigida a los vecinos y a los potenciales opositores internos. Sin embargo, el cónsul francés estaba impresionado por la forma de la movilización, su carácter masivo y sistemático, precisando que en ciertos distritos todos los hombres hábiles habían sido reclutados, incluso los no aptos para portar armas. Esta última observación debe ser matizada. Las listas de incorporación estudiadas por Branislava Susnik señalan un porcentaje de excepción por razones médicas, durante el inicio de la movilización, del orden del 40% de los convocados.<sup>62</sup> Sin embargo, según precisiones del cónsul, las actividades agrícolas quedaron de ahí en adelante a cargo de las mujeres, de los niños y los ancianos

LUC CAPDEVILA

Esta primera mención sobre la movilización militar en el Paraguay plantea preguntas. Laurent-Cochelet parece haber tardado en informarla al Quai d'Orsay, ya que la misma se hallaba muy avanzada al momento de la recepción del despacho. Una hipótesis es que estos movimientos fueran habituales, por lo que en un primer tiempo el cónsul no les habría prestado atención. Desde hacía una generación todos los hombres estaban obligados a prestar un servicio de armas durante dos años. Eran regularmente convocados sobre todo para realizar trabajos públicos, mantener las rutas y puentes, arrear las tropas de las estancias del estado, llamadas también *estancias de la patria*, y recolectar la yerba mate de las tierras públicas. Por lo tanto, la escasa presencia de hombres en el teatro cotidiano no resultaba una situación inédita. Barbara Potthast calculó que a mediados del siglo XIX más de la mitad de los jefes de familia declarados en los censos eran mujeres. La proporción escalaba al 60% en los distritos urbanos de Asunción o de Villarrica, y declinaba al 30% en las zonas rurales o en las localidades más pequeñas, tales como Itá.<sup>63</sup> En promedio, dos niños de cada tres, vivían sólo con sus madres. La organización matriarcal de la familia paraguaya se explicaba en la prolongación de la sociedad mestiza conformada en la época colonial.<sup>64</sup> Las familias uxirolocales se hallaban muy expandidas en la América Latina contemporánea, aunque la fuerte proporción que tenían en Paraguay era excepcional. Allí donde los jesuitas habían abierto las misiones, la institución del matrimonio tenía fuerza, sin embargo, ésta declinó en el siglo XIX. Las razones son varias, pero la militarización creciente de la sociedad participó de la desestructuración de las parejas. Los hombres se marchaban a cumplir el servicio militar o las tareas públicas por largos periodos y algunos no retornaban al hogar. Las mujeres dirigían sus asuntos y educaban a sus hijos sin su sostén. Los hombres sufrían también, evidentemente, en esta situación. En ocasión de solicitar una pensión de invalidez de guerra en 1900, José Benítez de Pirayú mencionó todas las miserias que padeció durante el conflicto. La primera consistía en haber sido precozmente movilizad para construir el campamento de Cerro León, siendo que estaba casado. Fue obligado a “abandonar a su esposa y a sus tiernos hijos”.<sup>65</sup>

Las actividades agrícolas correspondían tradicionalmente a las mujeres. Los hombres se ocupaban sobre todo de lo que concernía al ganado o a los trabajos pesados, principalmente la explotación de las producciones comerciales de las tierras públicas, la recolección de la yerba mate o la tala de árboles. La militarización reforzó el lugar de las mujeres en la

producción para la subsistencia y comercialización de la mandioca, el maíz, los porotos, la caña de azúcar e incluso el tabaco.

Sin embargo, la amplitud de la movilización militar de 1864 parece haber instalado la imagen del vacío de hombres en la campaña. Saturnino Ferreira, en una curiosa mezcla de historia local y de recuerdos recogidos de un veterano muerto en 1930 describe la movilización en San Ignacio en 1864, hacia el sur del país, en condiciones que corroboran las observaciones de Laurent Cochelet.<sup>66</sup> Esta movilización estaba organizada a partir del cuadro de la milicia. Los hombres fueron convocados bajo el comando del capitán de los *urbanos* y reunidos en un lugar apartado de la localidad en una Estancia de la Patria donde se criaban caballos. Allí fueron preparados para la guerra. Todos los días llegaban nuevos reclutas. Además de recibir instrucción militar, eran cotidianamente “informados” sobre la evolución de los acontecimientos: el inicio de la guerra, la causa justa del Paraguay, su deber de defender sus hogares, y sobre todo el de combatir por la libertad de la patria.

La desaparición de los hombres de los espacios rurales y luego de los urbanos devino uno de los *leit motiv* de la correspondencia consular. En el despacho del 21 de abril, Laurent-Cochelet anuncia la crisis económica que el reclutamiento masivo provocaría: “El reclutamiento ha continuado de la manera más activa. Todos los hombres aptos son reclutados casi sin excepción. La población resulta ya insuficiente ante este reclutamiento masivo, es evidente que la parte restante en los hogares ya no puede dedicarse a los cuidados agrícolas indispensables para la alimentación del ejército y del pueblo. Este estado de cosas no se puede prolongar sin provocar una crisis severa o una hambruna completa”. Las tensiones internacionales podían explicar las medidas tomadas por Asunción, sin embargo, los estados vecinos no se preparaban para estos fines. Laurent-Cochelet al no percibir un contexto objetivo de un inicio de guerra, elaboró hipótesis para comprender un reclutamiento masivo de esa amplitud, pensaba que realmente se trataba de impresionar a los vecinos. Pero el cónsul francés veía también en esto un instrumento de neutralización de las corrientes de oposición internas al gobierno de Solano López. El análisis es interesante. La guerra es también un medio utilizado por los estados para transformar masivamente a grupos de hombres libres en una población de civiles sujetos por vestir uniforme. Al hacer esto, concentrando a los hombres bajo las banderas, tal como hizo desde su acceso al poder Solano López, el Paraguay se convirtió en un estado guerrero. Sin guerra, la dinámi-

LUC CAPDEVILA

ca militar impulsada por el régimen paraguayo era insostenible a mediano plazo. Ésta es, más o menos, la conclusión a la que arriba Laurent-Cochelet en su despacho del 21 de junio de 1864, al anticipar los resultados posibles de la crisis entre Brasil y Uruguay: "...es verdad que el Paraguay ha elevado su ejército a una cifra desproporcionada (con respecto) a su población y a los recursos normales del país y que no se podría mantener por mucho tiempo sin que se agote este estado de paz armada. Es por lo tanto natural que el presidente quiera actuar prontamente y movilice lo antes posible las masas que ha reunido bajo las banderas, las cuales si no resultaran aguerridas, están sin duda bien disciplinadas para hacer frente a las tropas brasileñas".

En el transcurso de la guerra Solano López hizo de todos los hombres hábiles, combatientes. La noción de habilidad era por demás extensible. Progresivamente los paraguayos varones de todo estatus, de toda condición y de toda edad fueron enrolados para combatir. *In fine*, los únicos grupos sociales que escapaban a portar las armas, y esto con ciertos límites, fueron las mujeres y los niños pequeños. En diciembre de 1864, según Laurent-Cochelet, el Paraguay había ya incorporado cerca de 75.000 hombres, precisando que se trataba en su mayor parte de "individuos ajenos a la vida militar", de todos los bandos, así como "reclutas arrancados a sus hogares", de los cuales no será fácil hacer "buenos soldados". El juicio del cónsul sobre la calidad de las fuerzas era el de un europeo que apreciaba la cuestión militar en su capacidad de hacer desfilar una tropa en orden de marcha, con los uniformes impecables. Los reclutas correspondían al ejército regular y a las milicias locales, y comprendían la mayor parte de la población masculina obligada al servicio militar de entre 16 y 55 años. Diez mil hombres constituían el ejército regular. Los mismos estaban inicialmente concentrados a lo largo de los ríos en las zonas de Humaitá, Asunción y Concepción, formados en batallones de marina, infantería, caballería, artillería de campaña y de sitio, y zapadores. Dos batallones de infantería de línea efectuaban trabajos en Patiño Cué (Ypacaraí) y en Rosario en 1864.<sup>67</sup> Los milicianos, enrolados en el cuadro de las compañías de milicias locales, componían el grueso de la infantería y la caballería, constituyendo la masa del ejército nacional. Esto estaba muy jerarquizado. Los soldados representaban el 80% de los efectivos, los oficiales superiores, menos del 5%. En el comienzo de la guerra, sólo dos generales la comandaban: Francisco Solano López y Wenceslao Robles.

Sobre los efectivos, aunque Laurent-Cochelet emitiera sus dudas en cuanto a la cantidad, los informes de los cuadros militares británicos convergen. El ingeniero George Thompson los evalúa en un poco menos de 80.000 para ese entonces.<sup>68</sup> El farmacéutico George Masterman, para inicios de 1865 da la cifra de “100.000 hombres, hermosos, robustos, y aguerridos, que bien mandados y con buena oficialidad, no hubieran sido inferiores a las mejores tropas del mundo”.<sup>69</sup> Estas cifras son considerables, significan que en el inicio de las hostilidades, el Paraguay había incorporado a sus filas entre el 15 y el 20% de su población total. La proporción de hombres adultos en armas era, en consecuencia, muy elevada, ya que correspondía a más de la mitad de los hombres movilizables en el estado. Laurent-Cochelet menciona, el 12 de diciembre de 1864, “el reclutamiento en masa de casi toda la población masculina”. Sin embargo, a lo largo de toda la guerra, Solano López no dejó de incorporar a los efectivos masculinos aún disponibles para renovar las tropas, hasta que no quedó nadie más.

### Recuperación de hombres y movilización de niños

Desde las primeras batallas libradas contra los tres aliados, entre junio y octubre de 1865, las fuerzas paraguayas sufrieron pérdidas importantes. Para peor, las condiciones sanitarias de la movilización provocaron una fuerte mortalidad en los campamentos. A menos de seis meses de haber invadido la Argentina, el ejército paraguayo ya había perdido, entre prisioneros, muertos y desapariciones, la mitad de sus efectivos militares iniciales, entre los cuales se contaban sus unidades más aguerridas y el florón de su flota fluvial. Así, el 23 de febrero de 1866 Solano López decretó la movilización general. Al día siguiente precisó que nadie estaba exento del “llamado de la nación”, salvo los “notablemente inútiles”, ningún individuo podía ser separado de la conscripción.<sup>70</sup> Únicamente los jueces de paz, los comandantes de las milicias y los empleados de las estancias privadas escapaban a la incorporación. Las listas de incorporación fueron luego revisadas. La recuperación de hombres fue extendida a los funcionarios, a los eclesiásticos, y la ineptitud por invalidez fue reformada. El decreto del 23 de febrero de 1866 ordenó la revisión de todas las listas de incorporación, exigiendo que solamente los “verdaderos ineptos”<sup>71</sup> fueran eximidos. El 16 de marzo de 1866 fue decretada la suspensión de la escolaridad obligatoria para los varones, con el fin de permitir

LUC CAPDEVILA

la incorporación de los maestros. La aplicación inmediata del texto es confirmada por el cierre de numerosas escuelas.<sup>72</sup> Al año siguiente la edad de los conscriptos fue oficialmente disminuida a 13 años y aumentada a sesenta para los mayores.<sup>73</sup> Sin embargo, ya en el despacho del 5 de abril de 1866 Laurent-Cochelet afirmaba que los niños de diez a doce años habían sido enrolados. Al final de 1866, las batallas y las fatigas de la vida militar habían diezmando a muchos hombres. En septiembre, el gobierno ordenó la liberación de los esclavos para el campo de batalla, debiendo ser los propietarios previamente indemnizados por el Tesoro nacional.<sup>74</sup> El enrolamiento de varones demasiado jóvenes, cuyo umbral habría sido bajado a diez años, es confirmado por la mayoría de los testimonios. El subteniente coronel Lucas Carrillo lo reconocía al final del conflicto ante los inquisidores de la Triple Alianza: al inicio de la guerra, decía él, se enrolaba a los hombres entre 16 y 50 años, “pero que en el curso de ella se han traído al ejército desde diez hasta sesenta años”.<sup>75</sup> En los tiempos de urgencia, las decisiones políticas y los actos probablemente fueron más lejos y más rápido que los textos reglamentarios. El 12 de diciembre de 1866 Laurent-Cochelet repetía: “se continúa enviando sucesivamente al ejército a los empleados del gobierno, los únicos hombres restantes, oficiales del puerto, ayudantes mayores, sub jefes de policía, verificadores de aduana; todos son enviados a Humaitá. Me aseguran que además de los heridos y mutilados, se reclutan incluso a niños de siete años para conducir a los animales que llevan el correo. [...] Él [Solano López] se ve reducido a la última de las extremidades, sin recursos, casi sin soldados (si es que se puede llamar soldados al revoltijo de ancianos, mutilados, enfermos y niños que componen los últimos reclutamientos)”.

El 31 de mayo de 1867, Laurent-Cochelet informaba al ministro: “En la espera se continúa reclutando activamente a todos los niños que hayan crecido desde la última leva, a todos los viejos inválidos restablecidos, incluso los leprosos son enviados a las armas. Se puede ver partir hacia Humaitá compañías de niños que apenas sostienen el peso de sus fusiles y cuyos oficiales les superan por una cabeza. Eso hace sangrar al corazón. El campo está totalmente vacío de hombres...”. En el despacho del 5 de octubre de 1866 Laurent-Cochelet reportó el caso de los tres desertores que hizo mucho ruido, ya que los mismos eran parientes del Ministro de finanzas y del Tesorero general. De los tres fugitivos, dos tenían de once a doce años. Encontramos rastros de estos niños soldados en los archivos del Ministerio de Defensa, en el fondo referente a los veteranos.

Sin embargo, por razones técnicas y probablemente culturales, estos casos se hallan poco representados. El caso de Hermenegildo Cardoso, vecino de Itá, enrolado en 1868 en la infantería, a la edad de doce años, podría servir de ejemplo.<sup>76</sup> El mismo pareciera dar la medida de una generación sacrificada, que contrasta con la de sus mayores. Analfabeto, no es capaz de argumentar bien su demanda de derecho a una pensión por invalidez; y particularmente tiene dificultades para reunir sus recuerdos de la guerra. Aunque gravemente herido en la espalda en la batalla de Piribebuy el 12 de agosto de 1869, e incapaz de trabajar, su demanda no tuvo éxito.

En el segundo tomo de la trilogía que consagró a la guerra de la Triple Alianza, el novelista argentino Manuel Gálvez hace que el Mayor del Cerro, incrédulo, cuestione la capacidad de Solano López de reconstituir su ejército cuando ya había perdido decenas de millares de hombres. La conversación entre dos oficiales argentinos se produce supuestamente antes de la conferencia de Yataity Corá, en el transcurso de la cual, los presidentes López y Mitre fracasaron en llegar a un acuerdo el 12 de septiembre de 1866.

“De dónde salen esos hombres”, se pregunta del Cerro, “no lo sé. Pero están ahí”. El comandante Paredes le responde: “Niños de dieciséis años, viejos y mutilados”.<sup>77</sup> Branislava Susnik observó la evolución antropológica del soldado paraguayo en el transcurso de la guerra a partir del análisis de las listas de incorporación.<sup>78</sup> Hasta 1866 los exentos por enfermedad o discapacidad representaban a menudo el 40% de los hombres de la lista, incluso más. En febrero de 1868 la tasa no sobrepasaba el 20% y los incorporados eran esencialmente jóvenes varones y hombres de edad. En Ibicuy, de los 340 hombres útiles incorporados, la mitad tenía más de 60 años, la otra mitad tenía entre 12 y 14 años. De los 412 reclutas de Hiaty, 51% tenía entre 12 y 16 años, y los ancianos de más de 60 conformaban el 42% de los efectivos. La lista incluía igualmente a 24 indígenas guaraníes originarios de Tobatí, San Estanislao y Caazapá. La capacidad de recuperación de hombres -es decir, la explotación máxima de los recursos masculinos- por parte del estado mayor de Solano López, continuó activa hasta 1869.

El estudio de las trayectorias de los ex combatientes muestra en efecto que si algunos hombres adultos fueron incorporados hasta 1866, tal vez un poco más allá, en relación al número total de incorporados, estas situaciones individuales resultan mínimas.<sup>79</sup> La mayor parte de los

LUC CAPDEVILA

combatientes estaba bajo bandera desde el inicio del conflicto, incluso antes. Las historias de vida de los ex combatientes son impresionantes. Las mismas verifican en grandes líneas el relato de Laurent-Cochelet. La mayoría de ellos fue gravemente herida en varias ocasiones, con armas blancas, lanzas, bayonetas o armas de fuego. Luego, una vez en pie, eran en general mantenidos bajo bandera. A Manuel Benítez de Piribebuy le amputaron la pierna derecha después de la batalla de Tuyutí (24 de mayo de 1866). Una vez salido del hospital continuó movilizado como espía. Finalmente, combatió una vez más en Piribebuy el 12 de agosto de 1869.<sup>80</sup> José Benítez fue “ligeramente” herido una primera vez en la batalla de Estero Bellaco el 2 de mayo de 1866. En la batalla de Tuyutí, el 3 de noviembre de 1867 recibió varias heridas graves que lo pusieron fuera de combate durante varias semanas. Retomó el servicio en San Fernando y combatió una vez más en la batalla de Abay, el 11 de diciembre de 1868, donde fue una vez más, gravemente herido. Algunos días más tarde, puesto que no fue dispensado, peleó en Lomas Valentinas, donde recibió una nueva herida. Consiguió replegarse y reencontrar su ejército en Cerro León.<sup>81</sup> Teodoro Topacio, sargento de infantería peleó en la campaña de Mato Grosso. Participó seguidamente de la batalla de Riachuelo en el transcurso de la cual sufrió quemaduras graves causadas por la explosión de la caldera de su vapor. Después de haber sido curado, volvió al frente y fue nuevamente herido en Timbó. Continuó en la guerra hasta la batalla de Acosta Ñu, en agosto de 1869, donde fue hecho prisionero por los brasileros.<sup>82</sup> Policarpo Cardozo de Ajos fue gravemente herido en el vientre en la batalla de Curupayty; repuesto, pero sin fuerzas, fue asignado a la producción de salitre.<sup>83</sup> Los casos de dispensa completa son raros. Eloy Jiménez, de San Pedro del Paraná, parece haber sido desmovilizado después de habersele amputado el brazo derecho, tras la batalla de Lomas Valentinas, en diciembre de 1868.<sup>84</sup> De hecho, en ese momento, la desorganización del estado paraguayo era tal, que es imposible saber en qué medida fue el estado de invalidez del soldado o la del cuartel general, lo que llevó al retiro de este combatiente Eloy Giménez.

Las condiciones en las que los combatientes terminaron la guerra son características. Los archivos de los veteranos conservados en el ministerio de Defensa en Asunción contienen algunos elementos de apreciación sobre este punto. Según un decreto, estos últimos no estaban obligados a precisar las condiciones de su desmovilización para obtener una pensión, treinta años después de los hechos. Pero algunos lo hicieron es-

pontáneamente. El estudio reposa sobre una muestra aleatoria de ciento dieciocho expedientes. La mitad de los cuales no provee ninguna precisión, lo cual resulta normal. Por el contrario, la otra mitad, aporta información: cincuenta y dos demandantes explican haber sido hecho prisioneros por el ejército brasilero o argentino. Cuatro precisan haber vuelto a sus hogares en el momento de las batallas de Cordillera o en el transcurso del éxodo hacia Cerro Corá, dicho de otra forma, admiten haber desertado en el final último del conflicto. Los tres últimos reportan que en razón de sus heridas debieron cesar su participación en los combates antes del final del conflicto. Es difícil saber hasta dónde llega la sinceridad de las declaraciones, la de los demandantes, la de sus testigos, y la de las autoridades. Sin embargo, estos hombres declararon haber hecho la guerra prácticamente hasta el final. Para la mayoría de ellos, la única alternativa posible a la muerte, era la captura por parte del enemigo.

La capacidad de recuperación de Solano López después de cada prueba, sorprendía siempre a los testigos. Paul de Cuverville, desde el inicio de sus funciones reportaba, el 20 de diciembre de 1867 que: “La fuerza vital de este país es verdaderamente increíble, casi todos los días llegan desde el interior a la capital tropas nuevas, en general son jóvenes de quince a dieciséis años, pero hay sin embargo entre ellos varios hombres hechos”. Aunque sorprendente por el tono, esta primera impresión no se contradice con los hechos ya conocidos. Las precisiones que aporta, confirman el esquema general: “Es de hecho una cosa incontestable e incontestada el que el Presidente López no se rendirá más que en última instancia, y que hará matar a todo su ejército antes que ceder a las exigencias de la Alianza. Se estiman sus fuerzas actuales en treinta o treinta cinco mil hombres. Podrá tal vez procurarse dos o tres mil más, pero eso es todo lo que es humanamente posible de encontrar. La República se encuentra totalmente despoblada, las administraciones se componen de dos o tres personas demasiado jóvenes en su mayoría, pero suficientes para el trabajo de copistas que se les ha asignado. Desde hace algunos días es cuestión el registrar a las mujeres, y varios jueces de distrito han abierto listas donde las jóvenes mujeres paraguayas acaban de inscribirse. El otro día, pudimos ver nosotros mismos al juez de paz de Lambaré (una pequeña ciudad cercana a Asunción) ejercitar en el tiro con fusiles a un batallón de sus administradas”.

Retornaremos más tarde sobre la intención atribuida a López y sobre la cuestión de la militarización de las mujeres. De Cuverville acababa

LUC CAPDEVILA

de llegar y ya estaba convencido de asistir al despoblamiento del Paraguay. Sin embargo la dinámica de la movilización continuaría aún en los años por venir. Aunque el ejército había sido vencido en las batallas de diciembre de 1868, el estado mayor de López refugiado en la cordillera emprendió su reconstrucción. Según el general Resquín, dos mil quinientos soldados se habían replegado con el mariscal a finales de diciembre. Alcanzaban todavía a parecerse a “hombres” dispersos en la campaña. “Yo ordené nuevos reclutamientos de viejos y de muchachos, y un gran número de heridos fueron incorporados en las líneas”, declaraba él mismo en el cuartel general brasileño luego de haber sido capturado el 20 de marzo de 1870.<sup>85</sup> Un mes después, el número de reclutados alcanzaba a trece mil, reunidos bajo su comando y el del general Caballero.<sup>86</sup> Entre ellos había muchos niños. Éste era ya el caso durante las batallas libradas en diciembre. Martin McMahon, representante de los Estados Unidos que había decidido mantener la embajada donde estuviera Solano López, reportaba lo que sigue en un despacho del 31 de enero de 1869: “lamento decir que más de la mitad del ejército paraguayo estaba compuesto por niños de diez a catorce años de edad. Esta circunstancia hizo la batalla del 21 [de diciembre en Lomas Valentinas] y los días que siguieron peculiarmente horribles y descorazonantes. Estos pequeños en la mayoría de los casos desnudos regresaban arrastrándose en grandes números desgarrados, destrozados en todas las formas concebibles. Parecía no haber lugar para ellos hacia donde ir e iban deambulando sin ayuda hacia el Cuartel General sin lágrimas ni gemidos. No puedo concebir algo más horrible que esta matanza de inocentes por hombres grandes vestidos de soldados, armados con todos los mortales dispositivos de la guerra moderna, y menciono esto acá precisamente porque lo he visto, porque creo que justificaría la inmediata intervención de las naciones civilizadas con en propósito de poner un fin de la guerra”.<sup>87</sup> La última batalla llamada de Acosta Ñu, el 16 de agosto de 1869, opuso casi 20.000 soldados aliados a 6.000 hombres paraguayos. Dejó alrededor de 2.000 muertos y 1.200 prisioneros paraguayos y 26 muertos del lado de los aliados.<sup>88</sup> “Los que no murieron, cayeron prisioneros, muchos de estos heridos”, reportaba Centurión.<sup>89</sup> Los paraguayos eran en su mayoría adolescentes y niños. Estaban comandados por el general Caballero. Se comenta que se distribuyeron barbas postizas a los jóvenes soldados para engañar al enemigo sobre la edad de sus adversarios.<sup>90</sup>

El objetivo de los paraguayos en la batalla de Acosta Ñu era el de retardar al ejército brasileiro para permitir la huida de Solano López. A razón de uno contra tres, los niños soldados se sacrificaron o fueron sacrificados logrando retener durante ocho horas a las tropas aguerridas de la alianza. Proponer un esquema de explicación racional para comprender las dinámicas de movilización y resistencia de las fuerzas paraguayas contra las de la Triple Alianza es un ejercicio complejo. Pero la precocidad de la incorporación de los niños soldados ciertamente aporta un elemento explicativo.

### Los indios en la guerra

Como inercia de la sociedad colonial, los indígenas ocuparon un lugar separado en este dispositivo: éste es un ángulo prácticamente inexistente en la correspondencia consular. El control y la posesión de los territorios por parte de los estados que pretendían la soberanía continuaba siendo en parte algo teórico. Enormes extensiones se les escapaban. Numerosos grupos indígenas que habían resistido a la colonización habitaban estos espacios disputados con los estados y los colonos. El Paraguay no era la excepción. Argentina y Brasil tenían situaciones similares.

La relación existente entre los indios y el poder paraguayo a mediados del siglo XIX puede ser retratada en tres grandes tipos. El primero concierne a los grupos asimilados, o en curso de asimilación por parte del estado. Desde la colonia, los paraguayos eran mayoritariamente mestizos, la mayoría de ellos hablaba el guaraní y el castellano, mezclando ambas lenguas. Los pueblos de indios habían conservado sus prácticas y sus derechos comunitarios después de la independencia. Pero en 1848, en el marco de la política de modernización, Carlos Antonio López suprimió las comunidades indígenas transformando sus tierras en bienes públicos. Un año antes, declaró a los nativos de los *pueblos históricos* “ciudadanos” paraguayos, algo que en el plano de los derechos no significaba gran cosa: según la ley paraguaya, sólo los propietarios eran “electores”, acumulando el presidente todos los poderes en la práctica. Por lo tanto Carlos Antonio López hizo de los guaraníes libres, locatarios del estado pudiente, sabiendo que había confusión entre la propiedad pública y la de la familia López. Dicho de otra forma, los indios fueron proletarizados,<sup>91</sup> o más bien *peonizados*. La nacionalización de los guaraníes fue conquistada con la guerra.<sup>92</sup> Hasta el decenio de 1860 estos “grupos

LUC CAPDEVILA

indígenas”, descendientes de indios de las reducciones, habían conservado su identidad. Al momento de la movilización general, fueron enrolados como cualquier paraguayo común.

El segundo tipo concierne a los indios asociados al estado. Éste era el caso de los “piratas” payaguás. Pueblo guerrero del grupo de los Guaycurú, que controlaba las aguas del río Paraguay. Desde 1812 ellos aseguraban la vigilancia del río desde Concepción hacia al sur, bajo las órdenes de la capitania de Asunción. Durante el gobierno de Carlos Antonio López, el estado ya aseguraba por sí mismo la vigilancia del río. La mayoría de los payaguás fueron entonces ubicados en tierras públicas, como *peones*, pero al inicio de la guerra, por orden de Solano López, quinientos de ellos fueron enrolados como lanceros en un regimiento bajo las órdenes de oficiales paraguayos. Aparentemente, los indios se hallaban para ese entonces largamente mestizados.<sup>93</sup> En Argentina, un contingente de indios mocovíes, otro grupo Guaycurú, se constituyó en la provincia de Santa Fe.<sup>94</sup> Dos caciques de “tribus amigas” propusieron sus lanceros al presidente Mitre contra “el Paraguay, “que con la mayor injusticia quieren ser dueños de nuestros [sus] territorios”.<sup>95</sup> Se trata tal vez del grupo Guaycurú que acompañaba al destacamento aliado a través del Chaco, del cual Laurent-Cochelet informaba al final de 1867.<sup>96</sup> En el Mato Grosso, los indios guaycurúes del Pantanal fueron también enrolados como auxiliares por el ejército brasileiro, o tal vez ellos mismos se ubicaron bajo sus banderas, para luchar contra los paraguayos.<sup>97</sup>

En el sur de Mato Grosso, norte del Paraguay, la situación era compleja. Allí la frontera era doble: una línea de confrontación entre los ex imperios español y portugués, imponía igualmente los límites entre los espacios colonizados y los territorios indígenas libres. Como en la época colonial, estas “fronteras” podían estar marcadas tanto por la alianza como por el conflicto.<sup>98</sup> Toda la zona comprendida entre la rivera izquierda del río epónimo y las cordilleras del Amambay y del Mbaracayú eran recorridas por los caballeros guaycurúes, denominados indiferentemente mbayás por los paraguayos. Éstos conformaban varios grupos que aún resistían a la colonización. Los luso-brasileños habían llegado a establecer con ellos relaciones de “buenos vecinos” desde el final del siglo XVIII. De esta manera movilizaron a algunos de ellos como auxiliares durante la guerra de la Triple Alianza, sobre todo a los kadiwéu. En efecto, los guaycurúes mbayás continuaban en conflicto con los paraguayos. Lo estaban ya durante la colonia. Los enfrentamientos se endurecieron

luego de la independencia, en particular bajo el gobierno de don Carlos. El mismo, al acelerar el desbrozado en la región de Concepción, al abrir nuevos caminos reforzando la explotación de la yerba-mate, los agredía directamente en su espacio. Los mbyayás intensificaron los ataques en las zonas de explotación forestal. Asunción sostenía una verdadera guerra en su contra. Al nordeste, los kaynguás de lengua guaraní, no tuvieron la capacidad de resistencia de los guerreros guaycurúes. En 1849 el comandante de Concepción ofreció un premio por la captura de estos indios. Muchos hombres fueron masacrados. Las mujeres y los niños fueron deportados a Asunción y ubicados como esclavos.<sup>99</sup>

De la misma manera, en el sur de Mato Grosso en particular, la guerra de la Triple Alianza, al oponer el estado paraguayo al imperio brasileño, fue redoblada por las guerras indígenas. Del lado brasilero los kadiwéu combatieron según sus propios objetivos.<sup>100</sup> Por una parte tenían un odio antiguo hacia los paraguayos quienes les disputaban sus territorios. Por otra parte, parece que el emperador don Pedro II les habría prometido la propiedad de las tierras a cambio de una participación en la victoria. Dicho de otra forma, los guaycurúes llevaron a cabo su propia guerra, con sus jefes y su cultura de combate, que incluía las mutilaciones rituales de los cadáveres de los enemigos y la matanza de sus caballos.<sup>101</sup> De la misma manera, los paraguayos reservaban una suerte particular a los prisioneros guaycurúes, haciéndolos morir “en los más horribles suplicios”.<sup>102</sup> Del lado paraguayo, otros indios fueron reclutados como auxiliares. Hay rastros de indios guatós que fueron devueltos por los paraguayos.<sup>103</sup> Por otra parte, Solano López había revisado en profundidad la política de su padre hacia los kaynguás (hombres del monte, en guaraní).<sup>104</sup> En 1862-1863 ordenó a Resquín, en ese entonces comandante de Concepción, el de “tratarlos bien” y facilitarles la sedentarización con el fin de “volverlos útiles a la patria por algún tiempo”. El objetivo probablemente era el de obtener la soberanía de Asunción sobre las tierras guaraníes. Sin embargo *The Standard* de Buenos Aires reportaba que en el transcurso de la guerra de la Triple Alianza, Francisco Solano López había sellado una alianza con ellos. A cambio de esto se les habría autorizado a contraer matrimonio con las paraguayas. Al final de la guerra, “todos los hombres” obtendrían “su recompensa”. Sin embargo, no parece que los kaynguás hayan intervenido en las unidades constituidas, a tal punto desconfiaban de los “blancos” y de sus armas.<sup>105</sup> Éste fue por lo general el caso de los guaraníes monteses. Se mantuvieron separados del

LUC CAPDEVILA

conflicto, incluso cuando la campaña de Amambay se desarrolló en sus tierras, al final de 1869, inicios de 1870.

La guerra de la Triple Alianza desestabilizó totalmente la geopolítica amerindia de la región. La propagación de epidemias (cólera, viruela) y de las epizootias (peste equina) ligadas a los movimientos de tropa, diezmo las poblaciones y sus ganados. La dominación de los altivos guaycurúes sobre los otros grupos del mismo espacio, principalmente los indios del Chaco, desapareció.<sup>106</sup> En estos territorios, la guerra de la Triple Alianza tuvo otro significado. Las motivaciones de los actores, su modo de intervención y las relaciones pactadas con los estados, han cristalizado en un mismo lugar los acontecimientos pre-coloniales ligados a la imposición de la política amerindia; coloniales en razón de la permanencia de los sistemas de alianza pactados entre los estados y los pueblos indígenas; post-coloniales en vista del enfrentamiento que opuso a los estados nacionales en construcción. Al tentar una alianza con los kaynguás, Solano López no hacía más que prolongar una suerte de antiguo pacto colonial. De todas maneras, grupos enteros, habitantes de las zonas de guerra, se mantuvieron alejados de la batalla, rehusándose incluso a abastecer a los ejércitos. En el Chaco, al margen del conflicto, otros indios aprovecharon la oportunidad ofrecida por la coyuntura para atacar la posición paraguaya de avanzada en Villa Occidental.<sup>107</sup>

De manera más general, los vínculos que unían a los diferentes actores a los estados presentan problemas en cuanto a la representación de los cuadros nacionales. La movilización de los indios, de los esclavos, de numerosos extranjeros bajo las banderas argentina y uruguaya, e incluso la movilización de los niños, no corresponde precisamente al imaginario europeo de una nación en armas. Las relaciones que pudieron establecerse por parte de Carlos Antonio López y luego por parte de su hijo con los payaguás y los indios desposeídos de los *pueblos*, eran relaciones que se tienen más bien con un patrón que con un jefe de estado. Las relaciones que Solano López estableció con su pueblo eran en efecto complejas. La intervención de las mujeres en el acontecimiento y la participación de la sociedad no militar aportan otros esclarecimientos sobre los resortes de la movilización de “la nación” en guerra.

## Hacia la guerra total

Las nociones de frente y retaguardia no son suficientes para comprender las dinámicas sociales y culturales de la totalización de la guerra en el Paraguay. Sin embargo, la lectura de la correspondencia consular podría llegar a dar esta impresión ya que los diplomáticos observaban lo esencial del acontecimiento desde la capital. Ciertamente, sobre el mapa, había un frente y una retaguardia, al menos hasta la evacuación de Asunción en febrero de 1868,<sup>108</sup> aunque un gran número de “civiles” acompañó desde un principio a los militares en el teatro de las operaciones, incluyendo las expediciones de las pequeñas unidades. *De facto*, algunos segmentos de la sociedad se trasladaron a la zona de guerra. Por otra parte, luego de la evacuación de las regiones meridionales, y posteriormente de la capital y sus alrededores, el “pueblo” fue constreñido a replegarse con el estado mayor y el ejército. Desde entonces, frente y retaguardia fueron de la mano, no porque estuvieran unidos, sino porque formaban el conjunto de una única pieza. Sin embargo, la imagen de una nación paraguaya reducida a una suerte de enjambre alrededor del jefe y de lo que restaba del aparato de estado no es más que una representación, ya que no era sino una parte de un todo que ya había estallado.

### Mujer en guerra, mujeres desarmadas

El movimiento de conjunto de la movilización de las mujeres estuvo a la medida de la movilización de la sociedad entera: ligada a su inserción preexistente en la esfera económica, la misma fue progresivamente generalizada y militarizada, sin que se produzcan separaciones significativas en las asignaciones de género. Sobre este último punto, la cuestión del enrolamiento de los combatientes es un ejemplo. Lo hemos visto en las alusiones de Paul de Cuverville.<sup>109</sup> Éste fue desde el inicio un tema movilizador relevado por la prensa paraguaya, mientras que los periódicos brasileños percibían en ello un nuevo índice de la barbarie del mariscal López.

En el transcurso de las últimas semanas de 1867, al final de una fase de movilización moral, un movimiento femenino se afirmó en la región de Asunción y en las pequeñas ciudades del interior. Las mujeres pidieron portar armas y combatir al lado de los hombres. Batallones femeni-

LUC CAPDEVILA

nos desfilaron con lanzas sobre la espalda en las calles desde Areguá hasta Asunción. El régimen sacó provecho de este movimiento para hacer vibrar el patriotismo de la población. “Felicitaciones a las heroínas de Ybytymi y de Lambaré, que también acaban de pedir se les instruya en el manejo del fusil para defender los derechos de la patria”, clamaba *El Centinela*,<sup>110</sup> periódico de guerra de Asunción. De la misma manera, desde el frente, *Cabichuí*, el impreso de las trincheras, saludaba la iniciativa de las paraguayas para inflamar a los hombres: “pues un pueblo cuya preciosa mitad sois vosotras, cuya cabeza es el Mariscal López, jamás morirá, jamás será esclavo, y siempre será invencible y victorioso”.<sup>111</sup> No se trataba sino de propaganda. En un correo del 24 de diciembre de 1867, Gaspar López<sup>112</sup> informaba a José Berges sobre la preparación de las ceremonias del 25 de diciembre en Areguá. Le reportaba que las mujeres de Areguá tenían la intención de llegar a la capital, junto con el juez de paz, para “festejar” a la primera dama del Paraguay: Madame Lynch. Todas deseaban presentarse en su aparato militar, ya que estaban decididas a tomar las armas para defender a la patria.<sup>113</sup> En el estado actual de los conocimientos, es ilusorio pretender entrar en la mente de estas voluntarias y comprender cuáles eran sus aspiraciones precisas. Pero por la imagen resultante de otras iniciativas patrióticas femeninas, puede decirse que el impulso estaba en la base, no en la cima.<sup>114</sup>

George Masterman afirmaba que las unidades de voluntarias femeninas comandadas por mujeres, fueron formadas al inicio de 1868 para marchar hacia donde se encontraba el ejército, precisando que no todas eran verdaderamente voluntarias. Doña Carolina Gill, una vieja amiga suya, era la capitana de una de estas compañías. Finalmente, después de algunos ensayos de instrucción militar, el proyecto habría sido abandonado.<sup>115</sup> El 25 de enero de 1868, el mariscal López rehusó solemnemente el ofrecimiento de las mujeres mediante la voz del *Semanario*, el diario oficial. Siempre en tono de elogio, recordaba la división de los roles en la guerra: “¿Qué son una o dos horas de combate en comparación a la ardua dedicación de las hijas de la Patria, a labrar la tierra para mantenerse a sí mismas, mantener a sus familias y a nosotros mismos? ¿Permitiréis acaso que ellas se crean sin seguridad, y de que nosotros no seamos suficientes para contribuir con tan viles esclavos?”.<sup>116</sup> Mientras que los hombres combatían en los campos de batalla, las mujeres debían cultivar la tierra. Incluso en los peores momentos, la jerarquía paraguaya rehusó armar a las mujeres, aunque no dudó en prolongar el cuerpo de los niños

con una lanza o un fusil. El mes precedente, el vicepresidente Sánchez había ya respondido con una negativa a una delegación de damas de Luque que pidieron tomar las armas, argumentando que había suficientes hombres para anonadar al enemigo.<sup>117</sup> Frente a la demanda individual de incorporación de algunas mujeres, quienes por la captación de armas y el combate habrían alterado el monopolio viril de la violencia legítima - fundamento de la dominación masculina- y, ante el caos provocado por la guerra, los dirigentes velaron por mantener en orden la institución fundamental de la diferencia entre los sexos. El valor de unas y la pusilanimidad de otros corresponden a los comportamientos frecuentemente observados por los historiadores en las situaciones de urgencia. En escala histórica, en el corto plazo de los cambios sociales tales como guerras o revoluciones, cualquiera sea la cultura de los cuadros políticos, éstos generalmente hacen todos sus esfuerzos para no afectar el orden establecido respecto al género. El Paraguay presenta en este sentido un caso ejemplar, donde se puede observar la inercia cultural de los jefes, quienes, conduciendo a la muerte a las masas masculinas, se rehusaron hasta el final a armar a las mujeres.

Las paraguayas, en tanto categoría social sexuada, escaparon a la conscripción. El recuerdo de su participación en los combates corresponde a momentos singulares, coherentes con el imaginario tradicional de la diferencia de sexo, razón por la cual las mujeres no fueron armadas. Ellas participaron en estas condiciones en la batalla de la pequeña villa de Piribebuy, ya en el final de la guerra (12 de octubre de 1869). El episodio corresponde a una situación simbólica estereotipada, en el transcurso de la cual las mujeres, mezcladas con los hombres participaron del último escuadrón en defensa de la ciudad. Desde entonces, se volvió el recuerdo principal de las mujeres en la guerra, dotándosele de un nicho en la memoria paraguaya.<sup>118</sup> El historiador revisionista, Juan O'Leary apreciaba particularmente la narración de la historia de las "heroínas de Piribebuy". Fue un "duelo", comenta, donde las mujeres se batieron con "sus uñas" y "sus dientes", un duelo "entre hombres [los soldados de la Alianza] que parecían mujeres y mujeres [las paraguayas] que parecían hombres".<sup>119</sup> Seguramente que hubo casos particulares de combatientes mujeres. Ulrich Lopacher, inmigrante suizo enrolado a su pesar en el ejército argentino reportó un "hecho notable" según él. Luego de la toma de Humaitá por las fuerzas aliadas en julio de 1868, dos soldados de dos campos se precipitaron el uno contra el otro y se abrazaron tiernamente. El prime-

LUC CAPDEVILA

ro era un paraguayo que combatía bajo la bandera argentina. El segundo era su esposa, quien era sargento, especifica él, de la artillería paraguaya.<sup>120</sup> Pero en efecto, la continuación del testimonio hace dudar del estatus de combatiente de la protagonista, ya que el autor afirma que esta sargenta dirigía un batallón de trabajadoras, no de soldados.<sup>121</sup> A este respecto, Lopacher agrega que Francisco Solano López había anunciado que si no había suficientes hombres para la guerra, tomaría a las mujeres, aunque la sargenta de artillería es la única soldado paraguaya evocada por él en su testimonio.

La etnóloga Capucine Boidin mantuvo numerosas entrevistas con personas ancianas en la región de San Ignacio Guazú, en el inicio del año 2000, en el sur del país. Ella señala en qué medida la imagen de las combatientes es recurrente en la memoria de la guerra de la Triple Alianza de sus interlocutores.<sup>122</sup> Ña Genara, nacida hacia 1910, cuenta en guaraní-*jo-para* que cuando ya no había más hombres de más de diez años, las mujeres también partieron “aquellas que no tenían aún senos, debían ir porque de esta forma las vestían con vestimentas de hombres y a veces, se dice, mientras que estaban yendo, sus senos crecían mucho para no ir, y mientras que se las seleccionaba, ya que sabían bien para qué venían simplemente, se fabricaban senos”.<sup>123</sup> ¿Enroló el ejército de López a jóvenes mujeres aún no desarrolladas, como lo hizo con los jóvenes varones? Es ciertamente esperable que al final de la guerra, durante los momentos desesperados de reconstitución del ejército en la cordillera, los sargentos reclutadores hayan enrolado a jóvenes mujeres para reforzar las líneas. Esto no es improbable, ya que el enrolamiento forzoso de trabajadoras por parte del ejército era corriente. Pero estaría en contradicción con los archivos. La mayoría de los informantes de Capucine Boidin participando de la sensibilidad liberal, transmiten una memoria negativa del mariscal López. Así, esta imagen de las combatientes testimonia la representación de su monstruosidad; considerado como responsable de la destrucción de la nación, necesitó reclutar mujeres; la barbarie del tirano, verdugo de su pueblo, llegaría hasta hacer matar a las mujeres.<sup>124</sup>

La conscripción de las mujeres fue una acusación abundantemente difundida por los adversarios del régimen de Asunción. En el estado actual de las investigaciones, no se encuentra ningún rastro en los archivos, ni de la decisión política, ni de la práctica del enrolamiento femenino. El embajador de los Estados Unidos, Martin McMahon, quien permaneció al lado de Solano López hasta julio de 1869, lo confirma ante la comisión

investigadora del Congreso al momento de su retorno del teatro de las operaciones: “puedo asegurar categóricamente que durante mi residencia en el Paraguay no había mujeres en su ejército, excepto las que lo seguían. Sé que muchas fueron muertas en una de las batallas,<sup>125</sup> pero ellas no portaban las armas. Tenían sus propias viviendas en la zona más protegida del campo cuando la artillería enemiga abrió fuego sobre ellas *¿Qué hacían allí las mujeres?* Iban acompañando al ejército, casi todas eran esposas y familiares de los soldados. Atendían las necesidades del campamento, le proporcionaban víveres y se ocupaban de las tareas que las mujeres cumplen en un ejército. Hasta hacían guardia en su propio campamento”.<sup>126</sup>

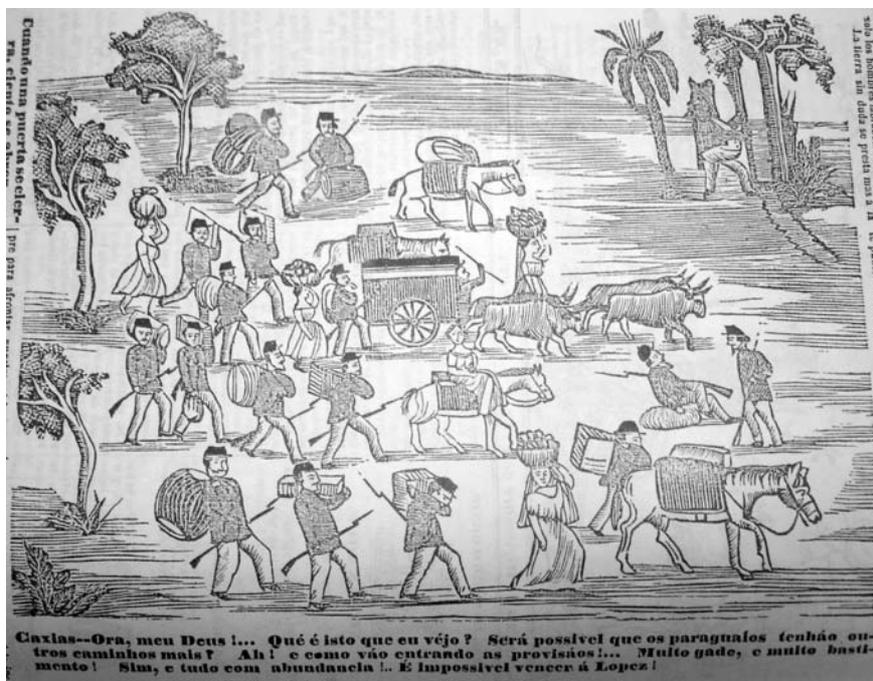
Desde luego, la apariencia femenina era un modo de escapar al enrolamiento. Silvia Cordal ofrece un relato en sus memorias. Ella nació a inicios de 1860. Fue arrestada por delación en 1868-69, o más bien, piensa ella, porque era miembro de una “buena familia” de Asunción, perseguida por el régimen. Liberada, consiguió retornar a la capital y reencontrar a sus tías. Allí se enteró que dos de sus primos seguían vivos. El primero sobrevivió porque vivía en Buenos Aires, el segundo, Pancho, con una edad de “quince años, Se salvó de la guerra porque su madre lo tenía vestido de mujer siempre”.<sup>127</sup>

### Las mujeres de los campamentos

A pesar de la conmoción producida por el acontecimiento y su potencial creativo, el contrato de género no fue revisado en Paraguay. Las resistencias emanaron del poder. Los hombres conservaron el monopolio de las armas y los honores de la gloria; las mujeres siguieron siendo vulnerables y limitaron su accionar al sostén de los héroes. Éste es un hecho cuyo desarrollo puede seguirse a través de los diferentes espacios sociales a lo largo de los cinco años de la guerra. En primer lugar, a pesar de la promiscuidad inmediata de los civiles y de los militares, de la multitud de mujeres instalada cerca de los campamentos o de las guarniciones, y del conjunto de las necesidades, estos contextos durables no favorecieron una modificación de los roles sociales. El mundo no militar que rodeaba a los campamentos, espontáneo desde los orígenes y desorganizado, era tolerado. Progresivamente, las mujeres de los campos fueron encuadradas y militarizadas para servir a los combatientes, en los límites de la tradición de la sociedad mestiza.

LUC CAPDEVILA

Tal como puede observarse en los grabados de *Cabichui*, las paraguayas acompañaron a los soldados a la guerra. En una ilustración del número del 19 de diciembre de 1867, cuatro mujeres marchan con la tropa, una llevando un fardo de vestimentas, las otras tres un canasto de provisiones; una quinta, de una clase más elevada, monta a caballo como una amazona.<sup>128</sup> “La mujer paraguaya acompaña a sus hermanos en el teatro mismo de la guerra” anuncia el artículo.



Marcha a la guerra. *Cabichui*, 19 de diciembre 1867  
(reproducido con la autorización del Museo del Barro).

En otro grabado, intitulado “El ejército paraguayo pasando por el Chaco”, publicado seis meses más tarde, ellas siguen allí.<sup>129</sup> Se las ve más numerosas evacuando la fortaleza de Humaitá, atravesando los ríos para huir por las ciénagas. Ellas llevan siempre bultos y canastos sobre la cabeza. No se trata de un caso específico de esta cultura. El fenómeno era general en América Latina, tal como era común en los ejércitos europeos hasta la primera mitad del siglo XIX.<sup>130</sup> Su presencia al costado de los militares, sistemática en el Paraguay, continúa siendo remarcable.

En febrero de 1865 Laurent-Cochelet señalaba que las “damas de Asunción” acababan de volver de Mato Grosso. Traían consigo una parte jugosa del botín amasado por sus esposos o sus hermanos en el transcurso de la expedición militar.<sup>131</sup> Algunas semanas más tarde, al día siguiente de la operación naval contra Corrientes, el 13 de abril, acaeció la invasión del ejército del sur con más de 20.000 hombres. Varias centenas de paraguayos atravesaron el río con la tropa. Manuel Gálvez, novelista e historiador argentino, cuenta que un millón de mujeres participaron del desfile marcando la toma de posesión de la ciudad: “indígenas en su mayoría, iban detrás del ejército. Casi todas en patas, vestían el clásico tipoy”.<sup>132</sup> Estos dos ejemplos correspondientes a las dos primeras ofensivas permiten representar la sociología femenina del teatro de las operaciones. Las mujeres seguían primero a sus hombres, esposos o hijos tanto las de clases pudientes como las de medios populares. Haciéndolo, los servían y se beneficiaban del saqueo.

Héctor Francisco Decoud se refiere a esto al mencionar la “masacre de Concepción”, que tuvo lugar a finales de abril, inicios de mayo de 1869.<sup>133</sup> Se trataba de una expedición punitiva ordenada por Solano López contra el comandante de la ciudad que era sospechoso de haber declarado el lugar “ciudad abierta” ante el acercamiento de las tropas brasileñas. El mariscal designó para dirigir esta operación al sargento mayor Gregorio Benítez, llamado “Toro Pichaí”,<sup>134</sup> toro hirsuto en *guaraní-jopará* según Héctor Francisco Decoud. “Toro Pichaí” se habría ganado en la batalla una sólida reputación de guerrero furioso, de “jefe bárbaro” según la expresión del general Resquín. Con esta reputación a cuestas, partió con una unidad de lanceros, los *Acá Yboty* (cabezas floridas), bien conocidos por su brutalidad. En algunos días masacraron en la región de Concepción, Tacuatí, Horqueta y Laguna, a varias decenas de mujeres y de jovencitas, miembros de “buenas familias” concepcioneras, figuras notables refugiadas en las localidades aledañas y a una parte de la guarnición. Esta operación era estrictamente militar. “Toro Pichaí” recibió como misión averiguar previamente las medidas tomadas por el comandante del lugar, y reprimir a los traidores. Sin embargo, los *Acá Yboty* se habían desplazado con sus compañeras. Ellas estaban a su lado en el momento del saqueo. “Las mejores ropas, las repartió a las mujeres que le seguían siempre, y las de poco valor, mandó arrastrarlas por las calles, en medio de vivas al mariscal López, y mueras a los traidores y cómplices de los brasileiros”.<sup>135</sup> Ellas asistieron también a las ejecuciones.

LUC CAPDEVILA

El término mejicano de *soldadera* significa aquella (o aquel, en masculino) que vive del sueldo del soldado. La relación asalariada existía también entre los civiles y los militares reunidos en el teatro de la guerra. Cantineras,<sup>136</sup> tenderos, lavanderas, embalsamadores, prostitutas..., toda una sociedad del negocio se desplazaba tras los ejércitos además de las familias, y suplía las carencias de su logística. Fue de hecho, este mundo mercante y fraudulento el que reactivó las actividades comerciales en Asunción, luego del saqueo de la ciudad cometido en enero de 1869 por el contingente brasileiro. El caso paraguayo es sensiblemente distinto, es en efecto más arcaico. Más que soldaderas, los grupos de civiles estacionados en las puertas de los campamentos agrupaban sobre todo a los parientes de los soldados.



El Ejército paraguayo pasando por el Chuso.  
Evacuación de Humaitá. *Cabichui*, 1º de junio 1868  
(reproducido con la autorización del Museo del Barro).

Podemos distinguir dos momentos en la evolución de la sociedad femenina del campamento. Al inicio de la guerra, las mujeres se desplazaron hacia los campamentos en el sur del país, a Humaitá, a Paso Pucú, para encontrarse con sus parientes. Las idas y vueltas entre el interior y la zona de guerra fueron constantes.<sup>137</sup> Varias de ellas se instalaron al costado de los campamentos, para ocuparse de sus hombres. Ya lo hacían en

tiempos de paz.<sup>138</sup> Existían dos grandes aldeas de mujeres con sus chacras en Paso Pucú.<sup>139</sup> Las mujeres podían circular libremente en los campamentos, salvo en el momento de las epidemias. Según el reglamento, ellas debían abandonar el lugar al caer la noche. En la práctica su presencia nocturna era tolerada. Hacia el final del conflicto, esta regla ya no era más aplicada. El tema de la prostitución no es claro. Es probable que el estado no la haya organizado cerca de las guarniciones ni antes ni durante la guerra.<sup>140</sup> Esto no significa que no haya existido. De manera empírica, una parte de la logística reposaba en las mujeres. Ellas proveían las frutas, la mandioca, el maíz, los porotos, ayudaban a cuidar a los enfermos y heridos, trabajaban como lavanderas o cocineras. Pero no eran empleadas del ejército, no tenían derecho a ninguna ración, por lo que debían costear sus propias necesidades y las de sus hijos, subsistiendo gracias al comercio con los soldados. Su situación se transformó a lo largo de la guerra. El ejército las utilizaba cada vez más para su logística. Eran principalmente empleadas para la distribución de mercancías y la excavación. Sin que se sepa precisamente en qué momento, entre 1866 y 1867, las mujeres fueron integradas en los campamentos y militarizadas. El objetivo era organizarlas para servir al ejército. Reunidas en batallones femeninos, se hallaban bajo la autoridad de una sargenta encargada de la aplicación de las órdenes del comando. Las mujeres trabajaban así tanto al interior de los campamentos como en sus alrededores, cultivando la tierra a fin de proveer a los soldados con productos de subsistencia, fabricando harina de mandioca, juntando madera, limpiando el campo y cavando las trincheras.<sup>141</sup> Hecho único en América del Sur en esa época, ellas entraban al campamento marchando al paso, por rango de a dos. Sumisas a la autoridad militar, no podían dejar sus lugares sin el consentimiento de ésta. Según la propaganda, la fuerte presencia femenina en los campamentos tuvo un impacto favorable en la moral de las tropas. La prensa de guerra no cesaba de elogiar el patriotismo ardiente del “bello sexo nacional”. A propósito del nuevo campo de Pikysyry, en diciembre de 1868 *El Semanario* evocaba “el encantador aroma de las blancas azucenas, jazmines, diame-las, que pueblan nuestros campos, como verdaderos ángeles de bien que nos trae un espíritu divino”;<sup>142</sup> el contraste entre el discurso y los hechos era más marcado en tanto que al mismo momento, las exhalaciones del campamento recordaban a las de la muerte. Las fiestas eran numerosas en los campamentos. Cada batalla, victoriosa o no, daba pretexto para la organización de bailes, al menos en el transcurso de la primera parte de la

LUC CAPDEVILA

guerra. “Todas las semanas debía bailarse en cada batallón. Cuando no aparecían suficientes voluntarias”, una cierta cantidad de mujeres recibía la orden de unirse a la fiesta, y eran “llevadas por un sargento al lugar del baile, donde en esos días festivos se servía caña y aguardiente”.<sup>143</sup>

“¡Se nos hace bailar sobre nuestros muertos!” El cónsul de Francia en Asunción atribuía esta frase a una dama paraguaya. Ella denunciaba la obligación impuesta de participar en los bailes patrióticos, mientras que los hombres agonizaban en el campo de batalla y la ostentación de duelo estaba proscripta, como signo de derrotismo.<sup>144</sup> Para las mujeres, el baile fue parte de las obligaciones nacidas de la guerra. La danza tiene un rol importante en la cultura paraguaya, ella fue lógicamente uno de los vectores de la propaganda y de la movilización femenina.<sup>145</sup> En última instancia, ellas danzaban para honrar a los soldados en los bailes frecuentemente organizados para celebrar las batallas, las victorias e incluso las derrotas.<sup>146</sup> Las mujeres participaban también en los desfiles. Cuando partía una tropa o la expedición de un cañón hacia el frente, se les daba orden de bailar en las estaciones ante el pasaje del convoy.<sup>147</sup> Rehusarse a danzar, para una dama era cometer un acto antipatriótico.<sup>148</sup> Barbara Potthast cita el caso de Carolina Valenzuela, de Itacurubí del Rosario, acusada de haberse negado a bailar durante el paso de los soldados por la localidad. El juez la absolvió, convencido que su mala actuación fue únicamente motivada por el estado de suciedad repulsiva de la tropa.

### De la economía de guerra a la sobrevivencia

El fortalecimiento de la organización de los paraguayos durante la producción y el control de su movilización son observables tanto en las ciudades como en las compañías del interior.

La partida de los hombres a la guerra incrementó inmediatamente el trabajo de las mujeres, de los niños y de los ancianos de ambos sexos. Además de su cultura tradicional de agricultura de subsistencia, los paisanos extendieron sus actividades a las producciones comerciales: la recolección de sal, la cosecha de yerba mate, la tala de madera, etc. Rápidamente las mujeres se encargaron de las tareas habitualmente realizadas por los hombres como conducir los bueyes y domar los caballos. Incluso los dominios que constituían simbólicamente la diferencia entre los sexos dieron materia a las separaciones. Charles A. Washburn vio a mujeres matar ganado, trabajar los cueros y vender la carne.<sup>149</sup> Ahora bien, en